4532

EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LOS FANFARRONES DEL VICIO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1857.

12

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.....	Perez.
Alcoy.....	V. de Martí é hijos
Algeciras.....	Almenara.
Alicante.....	Ibarra.
Almeria.....	Alvarez.
Aranjuez.....	Prado.
Avila.....	Lopez y Hernz.
Badajoz.....	Orduña.
Barcelona.....	Mayol.
Bilbao.....	Astuy.
Burgos.....	Hervias.
Cáceres.....	Valiente.
Cádiz.....	V. de Moraleda.
Córdoba.....	Lozano.
Cuenca.....	Mariana.
Castellon.....	Carratalá.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña.....	Garcia Alvarez.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.
Chiclana.....	Sanchez.
Ecija.....	Garcia.
Figueras.....	Conte Lacoste.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara....	Oñana.
Habana.....	Charlain y Fernz.
Haro.....	Quintana.
Huelva.....	Osorno é hijo.
Huesca.....	Guillen.
Jaen.....	Hidalgo.
Jerez.....	Alvarez Aranda.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Blanco.
Lugo.....	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca.....	Gomez.
Logroño.....	Verdejo.
Loja.....	Cano.
Málaga.....	Cañavatte.
Mataró.....	Abadal.
Murcia.....	Herederos de Andrion.
Motril.....	Ballesteros.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense.....	Robles.
Oviedo.....	Palacio.
Osuna.....	Montero.
Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Palma.....	Gelabert.
Pamplona.....	Los Rios y Barrena.
Pontevedra.....	Aspa.
Puerto de Santa Maria.....	Gobantes.
Puerto-Rico. (Mayagües).....	Mestre y Tomás.
Reus.....	Prins.
Ronda.....	Gutierrez.
Sanlúcar.....	Esper.
S. Fernando....	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.....	Ramirez.
Santander.....	Laparte.
Santiago.....	Escribano.
Soria.....	Perez Rioja.
Segovia.....	Alonso.
S. Sebastian...	Garralda.
Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Salamanca.....	Huebra.
Segorbe.....	Mengor.
Tarragona.....	Pujol.
Toro.....	Tejedor.
Toledo.....	Hernandez.
Teruel.....	Baquedano.
Tuy.....	Martinez de la Cruz.
Talavera.....	Castro (Schez.).
Valencia.....	Móles.
Valladolid.....	Hernainz.
Vitoria.....	Galindo.
Villanueva y Geltrú.....	Bertran y Creus.
Ubeda.....	Treviño.
Zamora.....	Calamita.
Zaragoza.....	V. Andrés.

LOS FANFARRONES DEL VICIO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/losfanfarronesde26412hurt

LOS FANFARRONES DEL VICIO,

DRAMA EN TRES ACTOS

ARREGLADO Á NUESTRA ESCENA

POR

DON ANTONIO HURTADO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1858.

PERSONAJES.

LUIS MERCIER DE CASTELNAU, 25 años.
SANTIAGO MERCIER, su padre 60.
MAXIMO LAMBERT, 28.
EDGARDO BIJU, 25.
TEOBALDO DE BURIGOL, 20.
RENAUD, 40
MARTA, 18.
AGLAE, corista.
BALAKLAVA, amazona del hipódromo.
PINCET, bailarina en la ópera.
MADAMA FRANCIS, pescadora de Neuilly.
BOLDRIK, FLAMAND, } criados.

La propiedad de esta obra pertenece á *D. Prudencio de Regoyos*, dueño de la galeria dramática EL MUSEO LITERARIO, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, ó varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigentes.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa de Luis Mercier. La entrada principal á la izquierda, dos puertas al foro, la derecha conduce á un gabinete, y la de la izquerda á un comedor, en el cual se descubre la extremidad de una mesa servida. Chimenea á la derecha, entre las puertas del foro una mesa, otra mas pequeña á la izquierda en primer término.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, TEOBALDO, RENAUD, BALAKLAVA, *y* PINCET. *La lámpara y los candelabros del salon estarán encendidos. Luis en una gran butaca cerca de la chimenea; Teobaldo á su lado. Balaklava y Pincet junto á la mesita de la izquierda. Renaud leyendo un periódico junto á la mesa del foro.*

PIN. Amigo Luis, ¿no se come en vuestra casa? Ya son las siete.

BAL. ¡Ah! ¡Es verdad! Estoy desfallecida; no sé quien dijo «mi reino por un caballo;» pues bien, yo doy cualquier cosa por un mal potaje.

LUIS. Lo comprendo en vos, señorita; es dia de hipódromo; acabais de ejecutar *L' Stipple Chasse* y el carro de *Apolo*! Se explica vuestra voracidad. Pero vos, mi querida Pincet, vos que perteneceis al cuerpo de baile, á ese

cuerpo de sanguijuelas que come á dos carrillos... ¡Oh! para distinguiros y hacer honor á vuestra clase, deberiais fingir no tener hambre jamás.

TEOB. Es justo. Por otra parte, es preciso esperar á la señora de la casa, á la hermosa Margarita.

LUIS. ¡Margarita! hoy no la vereis.

TEOB. ¿Cómo?

LUIS. Está ausente con licencia. La he concedido un permiso de cuarenta y ocho horas, para axistir á la coronacion de su virtuosa hermana, que debe tener lugar en Lagñy.

BAL. Entonces, ¿á quién esperamos?

LUIS. Esperamos á Edgardo, al bello Edgardo Bijú.

PIN. ¡Ah! ¡Pues entonces vamos á oir lindas cosas!... ¿Qué especie de capricho teneis en convidar siempre á ese hombre?

BAL. Os suplico que no coloqueis á mi lado en la mesa á un ente tan grosero.

LUIS. (*Riendo.*) Ciertamente que ese pobre Bijú no se distingue por su finura.

TEOB. ¿Vendrá con Aglae?

LUIS. ¡Oh! Como siempre.

PIN. ¡Pobre criatura!

LUIS. ¿Pobre? ¿Y por qué?

PIN. Es digna de compasion.

TEOB. ¿Pues cómo?

BAL. ¿No sabeis lo que dicen? ¡Ah! es una mujer desgraciada.

TEOB. ¿Pues qué la pasa?

PIN. Dicen que Edgardo la castiga indignamente. (*Con misterio.*)

TEOB. Es decir que la... (*Haciendo señal de pegarla..*)

PIN. Pues...

TEOB. ¡Oh! (*Horrorizado.*)

BAL. Ahí teneis.

LUIS. Si, pero la adora... (*Riendo.*) Todo lo cual es muy justo.

BAL. ¿Como justo?

LUIS. Justísimo, esa es la vida. Mirad, aqui donde me veis, soy blando como un cordero con mi bella Margarita; siembro flores y cachemiras en el camino de su vida, y ella en cambio... me engaña.

BAL. ¡Oh! (*Levantándose indignada.* Me marcho, no quiero

oir esas cosas. (*Entra en el gabinete y se sienta á tocar el piano. Luis y Teobaldo rien á carcajadas. Pincet permanece sentada mostrando cierto desden en su semblante. Renaud deja el papel, y se acerca á Luis.*)

ESCENA II.

LUIS, TEOBALDO, PINCET *y* RENAUD.

REN. ¿Qué edad teneis, mi querido Luis?

LUIS. Veintiseis años, querido; mayor de edad.

REN. Os admiro. (*Despues de mirarle con atencion.*)

LUIS. Admiradme cuanto gusteis; pero os advierto que no pienso devolveros mi admiracion; he hecho propósito de no admirarme de nada, ni de nadie... ¡Ah! Si... admiro á la señorita Pincet, que cree en la fidélidad de mi Margarita.

REN. A la verdad, cuando os veo hacer alarde de ese excepticismo, de esa indiferencia, que es la negacion de todo, creo leer una de esas excentricidades que fué dejando Lord Biron en el camino de su vida; es decir, (*Explicándose.*) en vos la veo traducida en prosa y ajustada á vuestra estatura... ¡Oh! vosotros los jóvenes de estos tiempos, cortais vuestros fraques de la capa del grande excéptico.

LUIS. ¡Qué diablos! (*Riendo.*) ¿Tengo yo la culpa de que nada me alegre y de que nada me entristezca? Si soy refractario á la alegria, al dolor, al entusiasmo y á las emociones, no es á mí á quien se debe culpar, sino á mi siglo, que se hiela, ó al globo terreste, que se resfria.

REN. (Fanfarron de insensibilidad, número uno.)

LUIS. Es la enfermedad de la actual generacion, nacida en esta atmósfera de duda y de indiferencia.

TEOB. Eso es incontestable.

LUIS. Ahí teneis, sin ir mas lejos, á nuestro querido amigo el vizconde Teobaldo de Burigeol.

TEOB. ¡Eh!... ¿Qué diablos vais á decir de mí?

LUIS. (*Continuando.*) A los veintidos años tiene el corazon, el estómago, la vista, el olfato y el gusto depravados hasta tal punto, que prefiere la fealdad á la belleza, lo malo á lo bueno, la niebla al sol, y las emanaciones de una

pipa al perfume de una violeta.

REN. (Fanfarron de depravacion, número dos.)

TEOB. ¿Y qué decis del bello Edgardo Bijú?

PIN. ¡Oh!... un hombre que jura, grita y fuma aun en presencia de las damas; que coloca sus piés sobre los cogines de terciopelo y desgarra los volantes de nuestros vestidos con las puntas de sus espuelas.

LUIS. ¿Qué quereis? Ese pobre jóven se cree siempre en una sociedad de potros por desbravar; entra en un salon creyendo entrar en la cuadra: es un hombre que se equivoca siempre de puerta; eso es todo.

REN. (Fanfarron de groseria, número tres.)

PIN. ¿Por qué no hablais del caballero Renaud?

LUIS. En cuanto á nuestro buen amigo Renaud, tres años hace que le estudio y aun no he podido fotografiarlo. ¿Qué sois vos, querido? Bebeis poco, jugais menos, no se os conoce una querida, (lo cual prueba que quizás ocultais muchas) es decir, no se puede señalar en vos el mas pequeño vicio, y esto me hace presumir que acaso los teneis todos.

REN. Es posible. (*Sonriendo y tomando su periódico.*)

LUIS. En cuanto á estas señoras...

PIN. Y bien, ¿qué teneis que decir de nosotras? (*Levantándose.*)

BAL. ¿Aun dura la murmuracion? (*Asomando la cabeza por la puerta del gabinete.*)

PIN. Venid, querida, venid... El caballero Mercier se prepara á regalarnos mil lindezas.

ESCENA III.

DICHOS, BOLDRIK, BIJU y AGLAE.

Al mismo tiempo que Boldrik anuncia á Bijú, vuelve á la escena Balaklava.

BOL. El caballero Bijú y la señorita...

BIJU. ¿Quieres callar, insecto? ¿Quién te manda anunciarnos? (*Entra delante de Aglae con el sombrero puesto, un latiguillo en la mano y un cigarro apagado en la boca.*) ¡Oh! querido Castelnau, tengo un apetito de cochero. ¡Calla! ¡Aqui el vizconde! (*Volviéndose y viendo á Teobaldo.*)

TEOB. ¡Querido Bijú! (*Dándole la mano.*)

BIJU. Llamadme Edgardo, amigo mio, llamadme Edgardo. ¡Oiga! (*Reparando en todos.*) tambien Renaud... Y las señoritas... ¡Cáspita!... no falta nadie. Esto está completo... ¿pero dónde diablos he dejado yo á mi... (*Volviéndose á todos lados.*)

AGLAE. Estoy aqui, amigo mio; estoy aqui. (*Que estaba detrás.*)

BIJU. La señorita Aglae Tupinel, ídolo de Edgardo Bijú. (*Presentándola. Todos la saludan.*) ¿Hemos tardado, queridos? ¿No se come todavia? Me alegro; tomaré una copa de ajenjos. Luis, que traigan ajenjos. (*Pone el látigo sobre las rodillas de Pincet y el cigarro sobre la chimenea.*)

PIN. ¡Qué libertad es esta, caballero! (*Arrojando el látigo.*)

BAL. ¡Horror!... ¡Pues no ha puesto su cigarro apagado sobre mis guantes!

BIJU. Hija mia, ¿querias que lo hubiese puesto encendido?

BAL. Caballero Edgardo, os prohibo tutearme.

BIJU. ¡Oiga!

LUIS. Amigo mio, debeis poneros bien con estas damas, porque hace poco hablaban de vos sin compasion.

BIJU. ¿De veras? (*Sentándose y estirando las piernas.*) ¿Pues qué decian?

LUIS. Decian, querido, que tratais mal á vuestros ídolos.

BIJU. ¡Bah! ¿Y eso es todo? No hay nada perfecto en este mundo: yo soy asi; muy dulce con los perros, tierníisimo con los caballos; pero trato sin compasion á las mujeres.

PIN. ¡Jesus! (*Indignada.*)

BAL. ¿Y tú le permites que diga eso?

AGLAE. ¿Qué importa, si le amo?

BIJU. Supongo que nos darás pronto de comer, una vez que estamos todos.

LUIS. ¿Pues y tu ingeniero?

BAL. Se espera á un convidado mas?

PIN. ¡Oh! presento mi dimision. (*Desfallecida.*)

TEOB. ¡Qué diablos de ingeniero!

BAL. Algun viejo sin duda.

LUIS. ¡Oh! no; veintisiete ó veintiocho años.

PIN. ¡Y trabaja á esa edad! ¡Deberá ser muy pobre!

BIJU. Treinta mil libras de renta. Es primo mio, señoritas.

BAL. ¡Ah! ¿si? Me va interesando vuestro pariente.

LUIS. ¡Buen jugador!... Le gané cincuenta luises en casa de Bijú, y le invité á tomar hoy la revancha entre nosotros.

BAL. ¡Qué fastidiosos se ponen con el juego! (*A Pincet.*) Preferiria ir al Ambigú á ver el nuevo melodrama.

PIN. Voto por el teatro; dicen que esa funcion es en extremo interesante.

TEOB. Una obra estúpida, (*Con desprecio.*) verdaderamente estúpida. ¡Oh! no, y lo que es llorar, se llora á las mil maravillas, especialmente las mujeres.

BIJU. ¡Las mujeres, las débiles mujeres! (*Con desden.*)

TEOB. Y tambien los hombres; doy fé de ello. A mi lado habia un caballero, de buena traza y mejor constitucion, que parecia gozar de muy buena salud. Pues bien, ese hombre lloraba como un niño.

BIJU. ¡Algun imbécil!

TEOB. Como quien dice, una máquina hidráulica, una regadera, casi una bomba de chorro continuo.

BIJU. ¡Já, já!... me hubiera alegrado de haber estado allí. (*Riendo.*)

ESCENA IV.

DICHOS, BOLDRIK, *anunciando, y en seguida* MÁXIMO LAMBERT.

BOL. El caballero Máximo Lambert.

LUIS. ¡Ah, caballero!... (*Saludándole. Movimiento general de curiosidad.*) ¡Querido Máximo!...

TEOB. ¡Diablo! Es él, mi regadera. (*Ap. á ellas.*)

PIN. ¿Oyes, querida? (*A Balaklava.*) La máquina hidráulica.

BAL. ¿De veras? Pues no me parece tan mal (*A Pincet.*) para ser un hombre que llora en público.

MAX. Perdonad, señores, si llego demasiado tarde.

BIJU. Hace una hora que te esperamos.

MAX. ¡Me esperaban!... ¡Cuánto lo siento!... Pero es el caso que ya he comido.

LUIS. ¿Habeis comido? (*Movimiento general.*)

BIJU. Primo mio, dispensa que te diga que eso es demasiado... ¿cómo diré? demasiado estúpido.

MAX. ¡Oh! mil perdones por mi falta; pero no he podido obrar de otro modo.

LUIS. ¿Pues cómo, caballero?

MAX. Ha sido una aventura. Paseaba yo en los Campos Eliseos en el momento del terrible aguacero que nos ha regalado el cielo.

TEOB. ¡Ah! Si: un chubasco magnífico: un verdadero diluvio. Mucho me gusta la lluvia.

BIJU. Adelante.

MAX. Pues bien; cuando yo procuraba ponerme á salvo descubrí una anciana cargada con tres fardos, que excedian á sus fuerzas; un niño que lloraba, un paquete que se le caia, y un paraguas del cual no podia valerse.

BIJU. ¡Já, já! ¡un niño! (*Riendo.*)

TEOB. ¡Un paraguas! (*Id.*)

LUIS. ¿De qué edad?

MAX. ¿El niño? Unos veinte meses, el paraguas unos veinte años... era el mayor de los dos.

LUIS. Un paraguas encarnado, con una anilleta de laton?

MAX. Precisamente. Le abrí...

TEOB. ¿Vos mismo?

MAX. En persona: la anciana entonces me dá las gracias; me dice que es abuela de aquel niño, cuya nodriza habia ido á buscar camino de Orleans, y que habia olvidado tomar dinero para pagar su asiento en el ómnibus... Entonces

BIJU. la das veinte francos...

MAX. ¡Oh! con eso no hubiera encontrado carruaje. ¡Llovia tanto! Nos pusimos á buscar un fiacre, despues de dividirnos la carga: la dejé el paraguas y el paquete...

BIJU. ¿Y tomaste el niño? (*Consternado.*)

MAX. ¡Oh! ¡Pesaba tan poco! (*Con dulzura.*)

BIJU. Cuando yo os decia que mi primo es la candidez en persona...

BAL. Caballero, os han debido tomar por una nodriza.

MAX. Una nodriza incompleta. (*Sonriendo.*) Andando, andando, hemos llegado, sin encontrar un mal coche hasta la barrera de la Estrella.

BIJU. ¡Canario!

MAX. Eso es lo que yo decia, cana... (*Deteniéndose.*) ¡Ah! ¡perdon, señoritas!

BIJU. ¡Oh! no importa esa palabra: estas señoritas la dicen tambien: adelante.

MAX. A fé mia; una vez en la barrera, estaba hecho lo ma-

yor, y seguí hasta las Ternas, donde vivia el niño.

TEOB. Siempre con él... (*Figurando llevar un niño.*)

MAX. Os aseguro que pesaba poco... (*Ingénuamente.*)

LUIS. ¡Vaya un paseo, caballero!

MAX. ¡Oh, Dios mio!.. Cuando se vuelve de América, toda distancia es corta. ¡Y si supierais de qué modo he sido recibido en su casa! La madre, que estaba enferma, puso al niño sobre su cama y le abrazaba mirándome con los ojos bañados en lágrimas: su padre, fabricante de abanicos, me tendió la mano con la franqueza de un antiguo conocido. Quise retirarme, pero no me soltaban esforzándose en demostrarme su agradecimiento... Iban á comer...

BIJU. ¡Ah! comprendo: señores, apuesto cien luises á que mi primo ha comido con esas gentes.

MAX. ¿Y por qué no? Hubieran creido que desairaba su mesa; un guisado de carne con judias.

TEOB. ¿Y habeis comido de eso, caballero?

MAX. Tres veces; y teniendo á un lado á la pobre anciana, mi compañera de expedicion, y al otro una jóven que se recomendaba á mis ojos por su aire de bondad y por la dulzura y modestia que bañaban su fisonomia.

BIJU. Atencion, señores, la virtud va á recibir su recompensa.

TEOB. ¿Tan linda es esa niña?

BIJU. Veamos quién era: hermana, prima, ó...

MAX. No, una pobre huérfana que habia ido á prodigar sus cuidados á la desventurada enferma; hija de un empleado, á cuya muerte se habia visto obligada á vivir en las Ternas para ocultar su trabajo y su pobreza.

BIJU. Querido, esa historia es muy comun: todos los dias leo eso mismo en los folletines de los periódicos.

MAX. Y bien, como no cuento mi historia para que se imprima...

REN. Quizás Luis podrá decirnos algo de esa niña. (*Aproximándose.*) ¿No vive en una casita aislada en la orilla de Neuilly?

MAX. Creo que si; (*Mirándolo con atencion.*) porque aquellas buenas gentes la reprendian por vivir en un punto tan aislado y fuera de todo auxilio.

LUIS. ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

REN. Es que hace algun tiempo, al pasar en carruaje por

ese sitio, os vi salir de una casita en las Ternas.

LUIS. ¡Yo!.. os habeis equivocado, (*Un poco desconcertado.*) jamás he pasado por ese punto; puedo aseguraros que no sé hácia donde caen las Ternas.

REN. Cuando los niños descubren (*Riendo.*) un nido, no hablan de él hasta haber cogido los pajarillos.

LUIS. Vuestra solicitud por (*Dirigiéndose á Máximo y volviendo la espalda á Renaud.*) los niños, caballero, se explicará quizás por el recuerdo de alguna escena interesante y reciente á que habreis asistido!

MAX. ¡Una escena!.. (*Recordando.*) ¡Ahora recuerdo!.. es muy posible... anoche justamente asistí al Ambigú, que ofrecia al público una obra nueva.

BAL. ¿Al Amgigú, caballero? (*Acercándose á él.*)

MAX. Si señorita... hay en ese drama una pobre madre abandonada que llora sobre la cuna de su hijo. Tal vez esto sea muy comun, no lo sé... como vengo de América... (*Tomando un aire de gravedad y sentimiento.*) Pero al presenciar aquella escena, mi pensamiento se trasportó de la ficcion á la realidad: de aquella comedia que se representaba allí, ante mis ojos, á esos otros mil dramas desconocidos que se desarrollan en el silencio de una habitacion desmantelada, sin otro espectador ni testigo que ese Dios de bondad y misericordia que cuenta y recoge las lágrimas de las pobres madres. Entonces ¿qué quereis? (*Conmovido.*) Hice lo que hacian todas las mujeres; lo que hacia todo el mundo, lloré.

LUIS. ¿Pero es cierto, caballero? ¿Llorabais á vuestros años?

BAL. ¡Oh! Lo creo muy bien: (*Limpiándose los ojos.*) yo he llorado al oirlo.

LUIS. ¿Y deciais que lloraba todo el mundo?

MAX. Si, caballero, si: (*Pincet y Aglae ocultan su enternecimiento.*) todo el público lloraba... (*Interumpiéndose de repente.*) No, miento; á mi lado habia una especie de imbécil...

TEOB. ¿Eh? (*Movimiento general.*)

MAX. Un imbécil que se burlaba y se reia de todo aquello sin comprenderlo. No me quedé con su fisonomia, porque las lágrimas me turbaban la vista. Pero mas de una vez tuve tentaciones de cogerle por el cuello de su frac y arrojarle sobre el escenario, á fin de que el pública se hubiera reido de su indiferencia.

TEOB. ¡Oh! (*Retrocediendo.*)

AGLAE. ¡Hubierais sido capaz!

MAX ¡Oh, no me atreví...

TEOB. Ya lo creo. (*Triunfante.*)

MAX. No me atreví por temor de romper los tubos que iluminaban el escenario... Sin eso...

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! (*Menos Teobaldo.*)

BAL. Caballero, (*Adelantándose y ofreciéndole la mano.*) soy apasionada de todos los hombres de corazon.

MAX. Quisiera saber el nombre de quien asi me distingue sin merecerlo.

LUIS. Tengo el honor de presentaros (*Presentándola.*) á la señorita Balaklaba.

MAX ¿Cómo?

BAL. Me llamo Estefania, caballero; pero mis compañeros de hipódromo han dado en llamarme Balaklava...

MAX. ¡Calla! ¿Y por qué?

LUIS. Porque Balaklava ha estado largo tiempo provista por los ingleses.

ESCENA VI.

CICHOS *y* BOLDRIK.

PIN. ¡Ah! ¡Gracias á Dios! Boldrik viene á anunciarnos la comida.

BOL: No, señorita... es una carta para el señor.

AGLAE. ¿Carta de mujer? (*Sonriendo.*)

LUIS. ¡No, sello de luto! ¿Qué es esto? (*Tomándola. Boldrik sale.*)

BIJU. ¡Bravo! Contrastes de la vida. ¡Una defuncion y un banquete!

LUIS. ¡El timbre de Limoges! (*Apresurado y palideciendo: abre la carta, la lee aceleradamente y se queda inmóvil como herido de estupor.*)

TODOS. ¿Qué es? ¿Qué sucede?

TEOB. ¿Qué os pasa?

LUIS. ¡Oh, no es nada! (*Haciendo un esfuerzo por dominarse y levantando la voz.*) Poco menos que nada, señoritas, pago los asientos de la primera representacion que se dé en el Palais-Royal. Mi tia ha muerto!

TODOS. ¡Su tia! (*Estruja la carta en sus manos, y la arroja con*

indiferencia.)

BIJU. ¿Una tia á quien heredas?

LUIS. Puesto que ofrezco regalaros...

MAX. Oh, eso no puede ser. (*Con asombro.*)

LUIS. ¿No? Podeis leer, caballero. (*Con frialdad.*)

MAX. En efecto; ha muerto, y vos... (*Recoge la carta y lee.*)

BIJU. Calla por Dios, sé lo que vas á decir. (*Bajo apretándole el brazo.*)

MAX. Pero... (*Asombrado.*)

BIJU. Bastante tiempo has hecho alarde de virtuoso: cállate por el honor de la familia.

MAX. Amen. (*Encogiéndose de hombros, y poniendo la carta sobre la mesa.*)

BOL. La mesa está servida. (*Apareciendo.*)

TODOS. ¡Ah! (*Alegremente.*)

LUIS. Bijú, la mano á las señoras.

BIJÚ. ¡Eh!.. yo no acostumbro...

LUIS. Al menos, caballero Lambert, nos acompañareis...

MAX. ¡Oh! perdonadme; me quedo leyendo el diario de la tarde mientras comeis.

BAL. ¿Caballero Edgardo, quereis buscar mi pelliza, que estará en el recibimiento?

BIJÚ. Señorita Balaklaba, llamadme grosero, pero... (*Alejándose.*)

MAX. Edgardo... (*Ofendido.*) ¿Señorita, puedo yo desempeñar esa comision?

BAL. ¡Oh! mil gracias. ¿Por qué no? Es una paletina de armiño con motitas negras.

MAX. ¡Oh! si: la he visto al entrar; sé cual es. (*Sale.*)

BAL. Caballero Edgardo, os confieso que vuestro primo me gusta mas que vos.

BIJU. ¿Sì? pues me alegro mucho. Vamos, señores, seamos corteses; nosotros los primeros. (*Entrando en el comedor.*)

BAL. Vamos, señora; sigamos al bello sexo. (*Se cogen del brazo y siguen á las damas.*)

ESCENA VI.

LUIS.

Cuando la escena ha quedado sola, Luis despues de observar si al guien puede verle, corre á la mesa y lee á media voz la carta.

«Y al dar las seis, en el momento en que las campanas tocaban al *Angelus*, la digna y santa mujer, entregó su espíritu á Dios; desde la víspera conoció que se moria; por la mañana me mandó llamar, y antes de recibir los últimos sacramentos, me encargó que escribiera á su Luis; á ese pobre niño á quien no veia hacia tantos años.» Decidle, señor cura (estas fueron sus palabras), decidle que su anciana tia, su segunda madre, ha muerto pensando en él, como la primera; decidle que el último pensamiento que he dirigido á la tierra ha sido para él, y que mis manos desfallecidas han podido elevarse una vez todavia para darle mi postrera bendicion. (*Se detiene con la voz ahogada por los sollozos, y se deja caer en una butaca besando la carta, y murmurando dolorosamente.*) ¡Pobre tia!.. ¡Pobre tia!

ESCENA VII.

LUIS *y* MÁXIMO.

MAX. Señorita, aqui está... (*Con la paletina en la mano, se detiene al ver á Luis, que se levanta precipitadamente al verle.*)

LUIS. ¿Eh? ¿Qué? (*Sorprendido y tomando la paletina.*) ¡Ah! Hé aqui lo que yo buscaba: gracias, caballero, gracias. Balaklava, aqui teneis vuestra paletina. (*Entrando en el comedor.*)

ESCENA VIII.

MÁXIMO, *estupefacto.*

La carta en sus manos... ¡sus ojos anegados en lágrimas!.. ¡El que hace poco, que ahora mismo hacia alarde de estoicismo! ¿Qué significa esto? ¿Será que habrá tambien tartufes de indiferencia, fanfarrones de insen-

sibilidad? ¿Será que se ha inventado un nuevo género de orgullo, que consiste en ocultar lo que se siente? A fé mia, que estos hombres son dignos de estudiars e.. Y bien, estudiaremos: esto me divertirá. (*Se sienta y lee un periódico.*)

ESCENA IX.

MÁXIMO, MERCIER *y* FLAMAND.

FLAM. Esperad, buen hombre; esperad en ese salon: estan en la mesa.

MER. Bien, bien, hijo mio: ¿hay mucha gente?

FLAM. No sé deciros; yo no pertenezco á la casa: soy criado de uno de les convidados. Sentaos, sentaos y aguardad aqui, buen hombre. Este debe ser algun colono del señor de Castelnau. (*Aparte saliendo.*)

ESCENA X.

MERCIER, MÁXIMO.

MER. Si; mas vale esperar aqui; podria perjudicarle mi repentina aparicion: la sorpresa, la alegria... ¡Oh! Allí hay un jóven... si me hubiera (*Viendo á Máximo.*) engañado ese criado... si fuera... Si, si, es él. (*Adelantándose.*)

MAX. ¿Eh? (*Volviendo la cabeza sin levantarse.*)

MER. ¡No es él!... Perdonad, caballero; busco á mi hijo, á mi hijo Luis... á quien no he visto hace siete años.

MAX. ¡Vuestro hijo!... (*Levantándose.*)

MER. ¡Oh! creí al veros que erais él, y á no haber oido vuestra voz, me hubiera arrojado en vuestros brazos.

MAX. Conque es el señor de Castelnau á quien tengo el honor...

MER. ¡De Castelnau!... Vamos, si, ya entiendo: lo mismo me dijo el portero al preguntarle por Luis Mercier. Parece que en Paris abunda mi apellido, y para diferenciarnos hay necesidad de aumentar el pueblo de nuestra naturaleza. ¿No es esto? Asi Luis, para no confundirse con un Mercier de Nantes ó de Ruen, se llama Luis Mercier de Castelnau.

MAX. ¡Ah! Si: eso es; de Castelnau; (*Aparte.*) como yo pu-

diera llamarme Lambert de Panamá. ¡Oh, he debido adivinarlo!

MER. (*Ap.*) Tiene muy buen aspecto este jóven. (*Alto.*) Mucho me alegro de haberme encontrado con vos, caballero; vos podeis hablarme de mi hijo... ¿está bueno? vos debeis ser su amigo... ¡Oh! hacedme el favor de prevenirle, porque es una sorpresa.

MAX. ¡Cómo! ¡no sabe que debiais llegar?

MER. ¡Oh! no.

MAX. ¡Diablo! Esto se complica. (*Aparte.*)

MER. El asunto que me trae á su lado no es para escrito. Hace siete años que Luis está en Paris; siete años; el tiempo que hace se recibió en Tolosa de abogado. Yo hubiera preferido ponerle al frente de mi fábrica, porque ya sabreis que soy fabricante; pero nada, no bastaron observaciones; quiso venir á establecerse aqui, y le entregué para ello la legítima de su madre. Verdad es que me ofreció volver á Castelnau todos los años á pasar un par de meses á mi lado; pero yo no sé qué obligaciones le retienen aqui, que no he vuelto á verle desde entonces.

MAX. ¡Oh! no es extraño. El señor de Castelnau... (*Aparte.*)

MER. Hace tres dias recibí una carta en la que me anunciaba que una hermana de mi pobre mujer estaba gravemente enferma. Luis la quiere con extremo, ¡como que ha sido su segunda madre! Pues bien, ¿sabeis en qué he pensado al recibir esta noticia? En el dolor que debia experimentar Luis, si algun imprudente ponia esta noticia en su conocimiento sin prepararlo de antemano. Recuerdo el dolor violento que experimentó al perder á su madre.

MAX. ¿De veras?

MER. ¡Oh! Tiene un corazon... Entonces me dije á mí mismo, es preciso que vayas á Paris, Mercier; la tia de Luis, tu cuñada, puede morir, y debes estar al lado de tu hijo para consolarle, para hacerle mas llevadero su sentimiento. Porque mi Luis, caballero, es todo sentimiento, el segundo tomo de su madre.

MAX. ¡Oh! no sabeis el placer que me causa vuestra franqueza.

MER. ¿De veras, caballero? Mucho me alegro de haberos inspirado simpatias.

MAX. Tantas, amigo mio, que voy á tomarme la libertad de daros un consejo.

MER. ¿Un consejo? ¡Oh!... dádmelo; no puede ser malo viniendo de un antiguo amigo de Luis; porque vos sereis amigo antiguo de Luis, ¿no es cierto?

MAX. Apenas harán venticuatro horas que le conozco.

MER. ¡Cómo! ¿Se burlará este hombre de mí? (*Aparte.*)

MAX. (¡Oh! en la escuela de esos desventurados no debe entrar como dogma el respeto, la veneracion de que es acreedor un padre.)

MER. ¿Y bien?

MAX. (¡Y hacer caer á ese buen hombre de la altura de sus ilusiones á la sima espantosa del mas horrible desengaño!)

MER. Aguardo el consejo, caballero.

MAX. Pues bien, hélo aqui: no permanezcais esta noche en esta casa.

MER. ¡Ah! (*Friamente.*)

MAX. Vuestro hijo se halla rodeado en este momento de algunos amigos.

MER. Si son amigos que le conocen hace mas de venticuatro horas...

MAX. Además, está rodeado de algunas damas que...

MER. ¿Y qué me importa eso? Yo vengo á ver á mi hijo, no mas que á ver á mi hijo. (¿Por qué querrá echarme?)

MAX. Esas gentes no le abandonarán hasta media noche. Mirad, yo le diré, sin nombraros: «Caballero Mercier, mañana tendré el honor de venir á almorzar con vos, y de presentaros un antiguo conocido.»

MER. ¡Mañana!... ¡Esperar á mañana para abrazarle! ¿Teneis interés en que me marche?

MAX. Me decis eso de una manera que me indica que he perdido vuestra confianza.

MER. ¡Oh! no, de ninguna manera.

MAX. Mirad, se levantan de la mesa; creedme, mi consejo es bueno y desinteresado.

MER. ¡Debo marcharme! ¿No es esto lo que me aconsejais? (¡Fingiré que me inspira confianza!) Pues bien, ya me marcho.

MAX. ¿Dónde debo buscaros?

MER. Mejor es que os busque yo, que estoy en Paris desocupado.

MAX. Acepto. Buscadme donde dicen esas señas. (*Dándole una tarjeta.*)

MER. Pues hasta mañana, caballero.

MAX. Hasta mañana temprano.

MER. (¡Que me vaya sin ver á mi hijo! ¡Oh! es preciso que yo sepa por qué me aleja ese hombre de aqui.)

MAX. ¡Gracias á Dios! (*Al verle salir.*)

ESCENA XI.

MÁXIMO, *y sucesivamente* BIJÚ, BALAKLAVA *y* AGLAE.

BAL. Caballero Lambert, vengo de embajadora: los amigos exigen de vuestra amabilidad que vengais á fumar un cigarro de regalia.

MAX. Aunque sean dos, señorita Balaklava.

BAL. Entonces dadme el brazo... (*Encontrándose con Aglae.*) ¡Calla! ¿Abandonas la mesa?

AGLAE. ¡Oh! Allí se asfisia una.

BIJU. ¡Boldrik!.. Rom aqui... (*Saliendo.*) Té para la señorita.

MAX. Parece que se come bien en casa del caballero Castelnau. (*A Balaklava marchando.*)

ESCENA XII.

BIJÚ *y* AGLAE.

AGLAE. Y bien, Bijú, es preciso que esto acabe. (*Con enojo.*)

BIJU. Aglae, por Dios. (*Suplicante en voz baja.*)

AGLAE. Si os marea esta atmósfera cargada, si os poneis malo con solo aspirar el aroma de los vinos, si os privais de conocimiento con solo tocar á los labios una copa de malvasia, ¿por qué ese empeño en aparentar que solo las bebidas fuertes merecen vuestros honores? ¿Por qué aceptar estos convites, cuando vuestra constitucion y vuestro estómago se revelan constantemente contra ellos?

BIJU. Silencio, Aglae, silencio, pueden oirte, puedes echar abajo, sin quererlo, mi reputacion de bebedor.

AGLAE. ¡Desventurado!.. ¡Gran bebedor!.. y apenas podeis pasar un dedo de Champagne sin que me vea obligada á pedir té para calmar la revolucion que os hace experimentar.

BIJU. ¡Oh! si, Aglae, si, tú eres mi ángel bueno y mi ángel custodio.

BOL. El té para la señorita, y el rom para vos. ¿Quereis algo mas? (*Entrando.*)

BIJU. No, no: puedes irte.

BOL. Este hombre debe tener el gaznate de cobre. (*Ap. Saliendo.*)

AGLAE. Bebed, bebed. (*Apresuradamente le dá el té, despues de prepararlo.*)

BIJU. Mira, ¿tiene bastante azúcar? (*Mirando á tados lados.*)

AGLAE. Está á vuestro gusto.

BIJU. ¡Ay Aglae!.. Cuánto te amo. (*Bebe.*)

AGLAE. ¡Otra debilidad!.. Aparentar (*Con lástima.*) un carácter fiero y brutal, cuando teneis el corazon de una paloma! ¿Por qué no me decis estas ternezas delante de todo el mundo?

BIJU. ¡Oh!.. Aglae, quiero ser franco contigo; quiero abrirte mi corazon para justificar en cierto modo mi conducta. Escucha, Aglae: mi apellido es un apellido vulgar; yo no soy de los que se hacen ilusiones sobre su nombre de familia; el mio es vulgar ¿por qué ocultarlo? Yo no he publicado un tomo de poesias, no he inventado una mala máquina, en fin, no he hecho nada por quitarle el polvo de la tienda de comestibles. ¿Qué seria hoy este nombre si no me hubiera hecho notar en el mundo por grosero y estrafalario? Esto, como veis, querida, constituye un género, una especialidad. En todas partes se dice: «Qué mal tono el de Bijú. Parece un chalan de caballos, un palafrenero...» Esto me lisonsea, Aglae, porque esto me dá un nombre en el mundo.

AGLAE. Silencio, ya estan ahí.

BIJU. ¿Dónde diablos he puesto mi copa de menta? (*Alto.*

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, RENAUD, MÁXIMO, TEOBALDO, BALAKLAVA, *y* PINCET. *Todos entran con algazara.*

BIJU. ¡Cáspita!.. ¡Hilaridad general! Riamos todos, ¡já! ¡já! ¡já! ¿De qué se trata?

LUIS. La señorita Pincet, que veis aqui, (*Riendo.*) quiere hacernos creer que ha llevado sombrero de terciopelo

desde su mas tierna infancia.

PIN. ¡Oh! caballero... (*Indignada.*)

LUIS. Ademas, tiene la presuncion de descender de un coronel de Húngaros.

PIN. ¡Oh!.. esto es afrentoso... (*Llorando y buscando un pañuelo.*) No hubiera creido en vos semejante falta de respeto.

REN. Tomad, señorita, tomad, (*Presentándola su pañuelo*) enjugad esos lindos ojos.

PIN. ¡Oh! mil gracias, Renaud, (*Limpiándose.*) mil gracias. Qué bien huele vuestro pañuelo. (*Cambiando de tono.*)

AGLAE. ¡Es verdad! ¿Dónde comprais esta esencia? (*Tomando el pañuelo.*)

REN. Es una esencia compuesta por mí, y que lleva mi nombre: la encontrareis en casa del perfumista Lubin.

AGLAE. Bijú, quiero mañana la esencia del caballero Renaud.

PIN. Caballero Mercier, os condeno á comprarme un frasco de esa esencia, en castigo de vuestras chanzas de mal género.

MAX. Pero vamos, señorita Pincet, ¿teneis por una gran desgracia no haber llevado siempre una capota de encaje ó terciopelo? ¿Pues qué diriais si hubierais visto á mi madre?

LUIS. ¿Eh?

MAX. (Si pudiera comprender lo que voy á decir.) Mi madre, que tenia (*Con intencion.*) treinta mil libras de renta, no quiso abandonar jamás su pobre papalina.

PIN. ¿De veras?

TEOB. ¡Cómo! ¡Vuestra mamá! (*Con mofa.*)

MAX. ¡Oh! Y se comprende bien, caballero. Mi madre era una pobre aldeana cuando se casó con mi padre, infeliz cerrajero entonces. Despues hicieron fortuna... Pues bien; la buena señora, se hacia conducir al paseo de las Tullerias en carruaje, pero sin otro adorno que su papalina. Mas de una vea la he llevado del brazo.

LUIS. ¡Con papalina!

BIJU. ¡Qué necio eres en decir tales cosas! (*A Máximo.*)

REN. Confieso, caballero, que sois el valiente de los valientes. Cualquiera de estos jóvenes se batiria sin temor de especie alguna; pero ninguno confesaria que ha llorado en el teatro, que habia llevado un niño en brazos hasta los campos Eliseos, y que habia paseado en las

Tullerías llevando del brazo á su madre adornada con una simple papalina. Son tres actos de valor heróico para la juventud que corre.

BIJU. ¡Que corre!.. Esta palabra me recuerda que mañana hay carreras de caballos en la Marche. Me alegro; con eso veremos caer como de costumbre al señor vizconde Teobaldo de Burigot.

REN. ¿Ireis mañana á las carreras, Luis?

LUIS. ¡Oh? Tengo mañana un asunto de interés...

REN. ¿En las Ternas? (*Bajo.*)

LUIS. ¿Aun insistis en eso? (*Volviéndole la espalda.*)

MAX. Puesto que no vais á las carreras, os anuncio para mañana una visita que no podrá menos de conmoveros.

LUIS. ¿A mí? Querido amigo, no admito las conmociones en ningun hombre que haya pasado de los diez y ocho años.

MAX. ¿Apostamos á que os conmoveis?

LUIS. Prefiero ganar vuestro dinero á una partida (*Riendo.*)

BIJU. Pongo cuarenta luises. (*Sentándose de cabecera: movimiento general.*)

LUIS. En juego, en juego. ¿No tomais parte, Renaud?

REN. No juego nunca.

BIJU. Allá va. (*Barajando. Todos se agrupan*)

BAL. ¿Y vos, no jugais? (*A Máximo.*)

MAX. ¿Por qué no, señorita?

BAL. ¡Un hombre virtuoso!.. (*Alejándose de la mesa.*) ¿Bailariais quizás?

MAX. Algunas veces; y si pudiera ser con vos, bailaria con frecuencia.

BAL. Pues eso no es difícil. (*Hablan bajo.*)

BIJU. Sota... y siete. (*Guardan un profundo silencio mientras se termina la jugada.*) Vino la sota.

PIN. ¡Bravo! ¡He ganado!

TEOB. Pagad, querido, pagad.

LUIS. No vuelvo á poner á un siete. ¡Hola! Boldrik... helados á estos señores. (*Entra Boldrik y Flamand y reparten helados en una bandeja. Máximo y Balaklava hablan en voz baja sentados en un confidente: siguen jugando los demas.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, MERCIER. *Deteniéndose asombrado al entrar.*

MER. ¡Dios mio! ¡Cuánta gente!

PIN. ¡Calla! ¿Quién es ese hombre, vizconde? (*Tomando un helado al vizconde.*)

TEOB. No le he visto nunca, querida.

MER. No le veo, no le veo. (*Adelántándose con inquietud.*)

MAX. ¡Oh, viejo testarudo! (*Descubriéndole.*)

MER, Yo creia encontrar aqui á mi hijo. (*Adelántándose.*)

LUIS. Boldrik, aqui un sorbete. (*Volviéndose.*)

MER. Esa voz... (*Dando un paso hácia Luis.*)

LUIS. ¡Cielos! ¡Mi padre! (*Poniéndose de pié. A este doble movimiento de Luis y de Mercier, todos interrumpen el juego y fijan sus miradas en los dos. Luis permanece inmóvil como herido de estupor.*)

UNOS Á OTROS. ¿Qué es? ¿qué es? (*En voz baja,*)

LUIS. ¡Oh, si yo estuviera solo!. (*Ap.*)

MER. ¡Es él!.. ¡Es él!.. (*Próximo á desfallecer, en voz ahogadada.*) ¡Y no viene!.. ¡Y le tiendo mis brazos!..

MAX. Señores, os presento á mi padre. (*Un momento de silencio, y con acento firme, despues de tomar á Mercier de la mano. Luis se tambalea y se deja caer en su silla: los espectadores asombrados se miran sin comprender lo que pasa.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una reja de madera abre paso á la escena : á la derecha de publico la casa de un pescador, sobre cuya puerta se lee: *Francis, pescador*: *paseos en góndola*: *pescado frito*. A la izquierda, medio oculto entre unos árboles, un pabellon rústico.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, *entrando por el fondo*; *luego madama* FRANCIS.

MAR. ¡Vamos!... aun no ha venido. Y yo que temia haberle hecho esperar.

FRANC. (*Saliendo de la casa con dos remos en la mano.*) Aqui estan los remos de los dias de fiesta. Hoy caerá que hacer y habrá paseos por el Sena. ¡Hola! ¿estais ahí, señorita Marta? (*Viéndola.*) ¡Pues cómo tan sola!... ¿Dónde habeis dejado el práctico?

MAR. Buenos dias, señora Francis. ¿Podreis decirme qué es lo que pasa?

FRANC. ¿Dónde? ¿Aqui?

MAR. No, en las cercanias: el camino de Neuilly está lleno de ginetes y carruajes.

FRANC. ¡Ah! si: es que hay carreras de caballos en la Marche.

MAR. ¿Carreras?

FRANC. Si, señorita, si: me van á dar bastante que hacer.

MAR. ¿Pues cómo?

FRANC. Como mi marido ha vuelto á emprender su viaje esta mañana, voy á encontrarme sola, sin poder atender á tantas gentes.

MAR. ¡Ah! ¡conque vos esperais!... (*Contrariada.*)

FRANC. ¿Pues no? ¡vaya! En estos dias de carreras sucede siempre que muchos ginetes y carruajes, en vez de volverse por el bosque de Bologne, siguen por la orilla del rio, y algunos lo atraviesan por detenerse aqui, en Neuilly, para comer pescados fritos y beber vino azul, como ellos dicen. Yo no sé por qué llaman á nuestro vino azul, no siendo de este color; pero en fin, asi lo llaman, y asi...

MAR. ¡Oh! Eso me contraria.

FRANC. Entiendo: esperais á...

MAR. ¿No lo habeis visto hoy?

FRANC. Aun no; y á la verdad que me extraña, porque siempre llega á buena hora para tomar el ómnibus que de regreso os trae hasta la avenida de... ¿Cómo es que siempre venis en el mismo carruaje?

MAR. Es muy sencillo: porque pasa delante de mi puerta.

FRANC. ¡Ah! ¿vivis en las Ternas? ¿En el camino de Neuilly?

MAR. Si.

FRANC. ¿Y cómo es que él no va á buscaros?

MAR. Por temor de que murmuren de mí. ¡Es tan bueno!

FRANC. ¡Oh! si, un excelente jóven: vos por vuestra parte sois linda y elegante. ¡Oh! vais á hacer una bonita pareja!

MAR. ¡Oh! no digais esas cosas.

FRANC. ¡Toma! ¿y por qué?

MAR. Porque él no piensa en eso.

FRANC. ¡Cómo! ¿Luego no sois mas que amigos?

MAR. ¡Oh! no mas; pero es una amistad que tiene algo de sagrada. (*Sentándose junto á una mesilla, sobre la cual se apoya Francis.*)

FRANC. Contadme eso, señorita Marta.

MAR. Tengo la costumbre de ir todos los meses en el dia en que mi padre me dejó huérfana, á rezar por su eterno descanso al cementerio de las Ternas.

FRANC. ¿Y bien?

MAR. El dia doce de noviembre próximo hará un año que sucedió lo que os voy á referir. Habia yo salido para cumplir con ese deber piadoso y de conciencia aquella mañana, sin que la nieve que caia ni el frio penetrante

que hacia fueran bastantes á torcer mi determinacion. Estaba el camino intransitable por la nieve: mis pies se hundian á cada momento: el frio me cortaba la respiracion, y todas mis articulaciones entumecidas se negaban á obedecer el impulso de mi voluntad. Cerca ya del cementerio, sentí que las fuerzas me abandonaban y encomendé mi espíritu á Dios, convencida de que aquel desvanecimiento era el precursor de mi muerte. Entonces un jóven que pasaba por aquel sitio se acercó á mí, me ofreció su brazo y me salvó con su auxilio del peligro que acababa de correr. Al regresar á mi casa, me vi obligada á aceptar la compañia del que despues de prestarme un servicio tan inolvidable para mí, pretendia captarse mi confianza, mostrándose digno y respetuoso durante la travesia. ¡Oh! no sabeis cómo me impresionaron las únicas palabras que se cruzaron entre nosotros. Le pregunté si la casualidad de hallarse junto al cementerio era hija de algun sentimiento piadoso como el mio, y me contestó: «¡Ah! no, es que en ciertos dias de tristeza me complazco en visitar el mundo de los muertos.»

FRANC. ¡Vaya un gusto!

MAR. Desde entonces me sentí inclinada hácia él, como él se sintió inclinado hácia mí: me dijo que era empleado como mi padre, y me rogó que le permitiera visitarme. ¿Cómo negarle esta pretension? ¡Se mostraba siempre tan atento y respetuoso conmigo! Despues hemos paseado juntos; y un dia que seguiamos la orilla del rio, llegamos hasta aqui y vos misma nos pasasteis á la isla de Neuilly.

FRANC. Si, bien me acuerdo.

MAR. Y al encontrarnos con ese sitio tan lindo y tan solitario, que parece convidar al retiro y la meditacion, le escogimos con preferencia á ningun otro para nuestros paseos y nuestros coloquios inocentes. Nunca vamos mas allá.

FRANC. Lo cual no creeria nadie, ni aun yo misma, á no haberlo visto.

MAR. ¿Cómo?

FRANC. Es que en esa isla, donde os creiais completamente solos, os he visto yo pasar horas enteras, ya paseando del brazo, ya sentados sobre la yerba; él leyendo á

vuestro lado y vos haciendo labor.

MAR. ¡Ah, señora Francis! ¿conque vos nos espiabais?

FRANC. ¡Oh! yo espio á todos los enamorados que pasan á la isla.

MAR. ¡Oh! Eso es muy mal hecho.

FRANC. ¿Y qué puede importaros, á vos, que no teneis que avergonzaros de la menor indiscrecion? Amante mas respetuoso... Ni por asomo le he visto jamás acercar los labios á vuestra mano.

MAR. ¡Oh! eso nunca!

FRANC. Pues ahí teneis; de eso deduzco yo que cuando se ama á una mujer y se la respeta de tal manera, es porque se piensa en el matrimonio.

MAR. ¡Oh! no; ya os he dicho...

FRANC. ¡Calla! Si vos no le amais para casaros como algunas, ni por el contrario, como otras, para... ¿por qué diablos le amais?

MAR. ¡Oh! le amo por amarle.

FRANC. ¡Oh! bien dicho... asi son todas las hijas de Neuilly. Pero no hay mas que hablar: ahí teneis á vuestro honrado caballero.

ESCENA II.

DICHOS, LUIS *en traje mas sencillo.*

LUIS. ¡Mi querida Marta! ¿Os he hecho esperar?

MAR. ¿Oh! no; acabo de llegar. (*Con alegria.*)

FRANC. ¿Desamarro la góndola?

LUIS. No, gracias, señora Francis; nos volvemos en seguida.

MAR. ¡Cómo! (*Sorprendida.*)

FRANC. ¿Entonces necesitareis que os sirva al momento lo que tomais de costumbre? Pondré al instante la mesa...

LUIS. No; por hoy no es posible; me veo precisado á dejar á Marta en su casita ahora mismo.

MAR. ¡Oh Dios mio!

FRANC. ¡Es posible!

MAR. ¿Os ha sucedido alguna desgracia, Luis?

LUIS. No, nada; es un asunto...

FRANC. ¡Ah! os dejo solos; si necesitais de mis servicios no teneis mas que llamar; estoy ahí dentro preparando mis frituras para los que vuelvan de las carreras.

ESCENA III.

MARTA, LUIS.

MAR. Nuestro pobre paseo... (*Con tristeza.*)

LUIS. ¡Oh! lo siento tanto como vos. (*Conmovido.*)

MAR. ¿Es tan importante el asunto?

LUIS. ¡Si, muy importante! (*Con acento sombrio.*) No para mí, para un amigo de mi infancia, Marta. Ayer... ¡oh! ¡anoche fuí testigo de una escena cruel! ¡Un hijo desconociendo á su padre!

MAR. ¡Su padre!... ¡Ah! ¡desventurado!... (*Deja la capota y se deja caer en un banco de piedra junto al pabellon.*)

LUIS. Si, anoche en medio de una juventud que se gloria en mofarse de todo lo mas santo, de una juventud que mi desdichado amigo sigue por la pendiente del vicio!... ¡Qué digo, sigue!... á quien dirige por el sendero de la perdicion, oyó, estando en una partida de juego, risas mal comprimidas, murmullos y cuchicheos que le hicieron levantar la cabeza. ¿Y cuál fué su sorpresa, al ver que el objeto de aquellas risas y de aquellos murmullos era su padre?

MAR. ¿Y bien? (*Con ansiedad.*)

LUIS. Su padre, que (*Continua exaltado.*) no osando adelantarse á donde estaba, le tendia de lejos sus manos temblorosas! ¿Y lo creeriais, Marta? En su orgullo... ¿Es eso orgullo?... (*Deteniéndose.*) ¿Qué nombre dar á esa especie de arrogancia que se avergüenza de un sentimiento noble y elevado como de un signo de debilidad y cobardia? ¡Oh! aquel hijo permadeció inmóvil; frio ante la vista de su padre... Y permaneció indiferente y helado á sus ojos, porque si piadosamente hubiera corrido á apoderarse de sus manos y á besar los cabellos blancos del anciano, no hubiera sido ya el hombre impasible y fuerte á quien sus amigos reconocen como jefe; porque eso hubiera sido decirles: «Yo me he jactado de una fortaleza que no tengo, os he engañado, porque tengo corazon... y tengo lágrimas, y soy bueno... y soy débil... y coy cobarde.»

MAR. ¡Oh! (*Espantada.*)

LUIS. ¡Y por no hacer esta confesion, ha consentido que un

jóven, á quien apenas conocia, declarase en alta voz que aquel anciano era su padre!

MAR. ¡Un jóven!...

LUIS. Pero su corazon un momento endurecido, no tardó en sublevarse contra su falso orgullo. Lo sé, (*Temiendo ha-hacerse traicion.*) lo he visto: trémulo de emocion y de alegria esperaba esta mañana á su padre para decirle: «perdon; soy tu hijo; te amo y te venero!»

MAR. ¿Y qué? (*Con ansiedad.*)

LUIS. (*Con acento sordo y dolorido.*) Su padre no ha vuelto.

MAR. ¡Oh! lo comprendo bien. (*Levantándose.*)

LUIS. El anciano partió con el joven, que no temió arrostrar las risas de los espectadores de esta escena, y ahora el hijo no sabe su punto de parada: en vano hemos recorrido cuantas fondas hay en Paris; no lo hemos hallado. De repente he recordado que debiais estar aqui, y he venido á decíroslo, para volver á emprender en seguida nuestras investigaciones.

MAR. (*Poniéndose el sombrero.*) Os reconozco en ese rasgo, Luis: partamos; eso es muy digno de vos, que siempre habeis abrigado buenos sentimientos.

LUIS. ¡Yo! (*Turbado.*)

MAR. Si, si, vos; siempre habeis sido bueno.

LUIS. ¡Oh! no siempre: tambien tengo algo de que arrepentirme; tambien tengo un perdon que demandaros. Será mas tarde.

MAR. (*Deteniéndose.*) ¡Mas tarde! ¡Me estais asustando! Luis, hablad ahora mismo.

LUIS. Mas vale; si, teneis razon. Y bien, Marta, he tenido un mal pensamiento, y no quiero que me lleve á cometer una mala accion. Un dia, estando en vuestra casa, noté una llave junto al espejo de vuestra chimenea; me dijisteis que era la llave segunda de vuestra puerta, y algunos dias despues, la llave estaba en mi poder.

MAR. ¡Luis! (*Dolorosamente sorprendida.*)

LUIS. ¡Oh! casi en el mismo momento de apoderarme de esa llave, me sentí abrasado por el fuego de la vergüenza... y sin embargo, aun la conservo y no he tenido valor para devolvérosla. Pero esta noche estaba triste, (*Con desaliento.*) inquieto, agitado; mi frente ardia por el insomnio: he pensado en mi falta y he hecho propósito de confesárosla y devolveros la llave. Tomadla, Marta.

MAR. No, no, guardadla; (*Rechazándola.*) me avergonzaria de pensar que para defenderme de vos necesitaba de esa llave. Al otorgaros mi cariño, Luis, no he tenido desconfianza de vos ni de mí. Guardad esa llave; es un depósito que coloca una mujer honrada en manos de un hombre de corazon.

LUIS. ¡Oh Marta! (*Abrumado de vergüenza.*) Que merecimienmientos he contraido yo para ser amado de esta manera?

MAR. No hablemos mas de eso. (*Suena una campana tocando á muerto.*)

LUIS. ¡Ah! ¡callad!.. (*Extremecido.*) ¿á qué tocan?

MAR. Son las campanas del cementerio.

LUIS. Si, si; doblan á muerto. (*Con acento de terror.*)

MAR. ¡Y bien! ¿Por qué os conmueve ahora ese fúnebre tañido? ¿No hemos oido esas mismas campanas mas de una vez, durante nuestros paseos á orillas del rio?

LUIS. ¡Es que supe ayer la muerte de una parienta, que me amaba tanto siendo niño!..

MAR. ¡Habreis llorado... habreis rezado por ella!..

LUIS. Si, si. (*A media voz.*)

MAR. Me direis su nombre, y rogaré á Dios por ella como ruego por mi padre.

LUIS. (*Pensativo.*) Hay quien dice que las almas de los que perdemos, ven desde el cielo cuanto hacemos en su obsequio.

MAR. ¡Oh! Ya lo creo. (*Con ingenuidad.*)

LUIS. (*Vacilando en manifestar su deseo.*) Acaso en la iglesia de ese cementerio, habrá mas de un cirio encendido en veneracion de una memoria queri da.

MAR. (*Con ternura.*) Quereis, Luis, que vayamos á esa iglesia á rezar por vuestra parienta? Encenderemos un cirio á su memoria, y esto acaso podria haceros mas afortunado en vuestras investigaciones.

LUIS. (*Vivamente.*) ¡Oh! si, Marta, si. (*Vacilando.*) Pero es el caso, que en un hombre no parece bien pedir un cirio...

MAR. ¡Oh! lo pediré yo.

LUIS. (*Respirando.*) ¡Ah! Es verdad; iremos, Marta, puesto que teneis gusto en ello. Esperad, voy á ver si la señora Francis puede abrirnos la puertecilla que sale al camino del cementerio.

MAR. Id, os espero.

LUIS. (*Titubeando.*) ¡Oh! como se burlaria de mí esa juventud que anoche...

MAR. ¿Cómo quereis que lo sepan?

LUIS. ¡Oh! vuelvo en seguida. (*Entra en la casita.*)

ESCENA IV.

MARTA. *En seguida* TEOBALDO.

MAR. ¡Ah! ¡Qué bueno es! (*Aproximándose á la casita.*) ¡Cuánto le amo!

TEOB. Debe ser aqui. (*Por el foro, en traje de montar y con el lente en el ojo. Leyendo.*) ¡Paseos en góndola! ¡Pescado frito! ¡Estas son las señas! Aqui me dijo Renaud que aguardaba. ¡Hola! (*Llamando.*) ¿no hay nadie aqui? (*Viendo á Marta*) ¡Ah! ¡Calla!... ¡una niña bonita!.... Perdonad, señorita, pero busco á un amigo. (*Entra en la casita, y al mismo tiempo Luis aparece detrás de la reja; Marta se coge del brazo y desaparecen.*) Si, señorita, (*Sale de la casa.*) busco á un amigo, y no lo encuentro; esto está desier... (*Al ver que no hay nadie.*) ¡Completamente desierto!.. ¿Por dónde ha desaparecido esa muchacha?.. ¡Y á la verdad que es muy bonita! Renaud. (*Llamando.*) Renaud. (*Hablando entre dientes, sube al foro y vuelve á bajar, encontrándose cara á cara con Renaud.*) Ese animal de Renaud me dice que estaria aqui, y... ¡Renaud!... (*Bajando sin verle.*) ¡Nada, es preciso renunciar á la fritura, y al vino azul! ¡Renaud!

ESCENA V.

RENAUD *saliendo del pabellon*, TEOBALDO.

TEOB. Re... Re... ¡Ah! (*Encontrándose cara á cara con él.*) ¿Dónde diablos estabais? Hace un siglo que os busco.

REN. Estaba en ese pabellon. (*Con indiferencia.*)

TEOB. ¿Hace mucho?

REN. Mas de media hora. (*Con intencion.*)

TEOB. (*Reconociendo el pabellon.*) ¡Calla! ¿Y qué haciais solo, metido en ese agujero?

REN. Escuchaba.

TEOB. ¿Escuchar? ¿Y á quién? ¡Como no fueran ruiseñores... los músicos de los campos!... ¡Diablo de música!.... Prefiero la de un organillo.

REN. No eran ruiseñores, no; eran dos tórtolas enamoradas que ni aun sospechaban que los veia desde ese pabellon. (*Ap.*) ¡Ah! ¡Qué linda es ella! (*Cambiando de tono.*) ¿Cómo es que no han venido los demas?

TEOB. ¡No tardarán en llegar, me he adelantado en mi tilbury!... Bijú conduce á las damas en su carretela de cuatro caballos, y su virtuoso primo... ya sabeis, el de anoche... trae á Balaklava en un carruaje á la Dumont.

REN. ¡Lambert! (*Admirado.*)

TEOB. Como lo ois; parece que Balaklava lo ha convertido.

REN. ¡Bah! Imposible.

TEOB. Nada mas cierto; Balaklava le ha comprometido á que baile con ella esta noche en el Jardin de invierno.

REN. ¿Sabeis que es curioso eso? ¡Diablo de Lambert!

TEOB. Cuando os digo que Balaklava lo trae al buen sendero.

BIJU. ¡Alto!.. ¡alto!.. vayan bajando (*Dentro.*) las señoras!.. Boldrik... esa portezuela.

TEOB. Aqui está el bello sexo.

ESCENA VI.

DICHOS, BIJÚ, AGLAE, PINCET, BOLDRIK.

BIJU. (*En traje de á caballo algo exajerado.*) Ese diablo de Renaud sin advertirnos que no pueden llegar hasta aqui los carruajes! Querida Pincet, dadme vuestro pañuelo.

PIN. Tomad. (*Bijú se limpia las botas con él.*) ¡Cómo! ¿Para eso lo quereis?.. ¡Limpiarse las botas con un pañuelo de cien escudos!

BIJU. ¡Toma! ¿Y qué importa?

PIN. (*Queriendo quitárselo*) Vais á desgarrar el encaje: ¿estais en vuestro juicio? Dadme acá. ¿No lo dije? Hecho pedazos. (*Recogiendo el pañuelo y examinándole.*) ¡Bijú, sois un grosero!.. (*Con ira.*)

BIJU. ¡Vaya una noticia que me dais!. ¡Hola, señores!.. (*Saludando á Renaud y á Teobaldo.*) ¡Aqui estamos todos!..

Ved la señorita Pincet, que se incomoda porque me he limpiado las botas con su pañuelo.

AGLAE. No le hagais caso; (*A Pincet.*) en el campo es permitido todo... ¡y mas en este sitio, que huele á fritura que trasciende!.. ¿Quieres prestarme tu pomo de esencia?

PIN. No lo he traido, querida.

AGLAE. ¡Ah! Y yo me olvidaba... (*Llamando.*) Boldrik, traedme al momento un frasquito que me he dejado en el carruaje.

BIJU. Vamos á ver; ¿habeis mandado disponer lo que nos han de servir?

REN. No; esperaba vuestra llegada.

BIJU. ¡Oh! Entonces preciso es llamar. ¡Hola! ¿no hay quien despache en este bodegon?

FRANC. ¡Allá van, allá van!.. (*Dentro.*)

REN. ¿Han dicho allá van?.. Entonces tenemos para un cuarto de hora. (*Empieza á pasear junto á las verjas mirando hácia fuera.*)

BOL. (*Con el frasco en la mano.*) Aqui está esto, señorita.

AGLAE. ¡Ah! ¡gracias á Dios!.. (*Tomándolo.*)

PIN. ¿Qué es? ¿Qué es?

AGLAE. ¡La famosa esencia que nos recomendó el amigo Renaud!.. Edgardo ha tenido la amabilidad de comprármela en casa de Lubin...

PIN. ¿Y huele bien? ¿Y huele bien?

AGLAE. Aun no lo he destapado: espera; voy á hacerlo.

PIN. ¡Ah! Entonces vas á ponerme unas gotas en este otro pañuelo, (*Sacándolo.*) porque el de encaje me lo ha echado á perder Edgardo... ¡Qué lástima de pañuelo!..

AGLAE. Primero yo. (*Echa unas gotas á su pañuelo, en seguida lo despliega moteado de manchas negras.*)

PIN. ¡Horror!.. (*Retirando el suyo.*)

AGLAE. ¡Jesus!.. (*Tirando el frasco.*)

TODOS. ¿Qué es? ¿Qué es? (*Menos Renaud, que está en la verja.*)

AGLAE. (*Colérica.*) Bijú, si es tinta lo que habeis comprado.

BIJU. ¡Cómo tinta! Pues si dije (*Mirando.*) al perfumista que me diera el agua que suministra á Renaud.

TEOB. «Agua para teñir de (*Cogiendo el frasco y leyendo la etiqueta.*) negro los cabellos.»

TODOS. ¡Ah!

AGLAE. ¡Mi pobre pañuelo!

BIJU. Traed, lo tiendo al sol sobre esta verja.

REN. Volverá. (*Volviendo á la escena.*)

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! (*Al verle.*)

REN. ¡Eh! ¿de qué se trata? (*Todos cesan de reir, y aproximándose en torno suyo, examinan atentamente la cabeza.*)

PIN. ¡Parece mentira!.. ¡Está bien!.. ¡muy bien!..

BIJU. ¡No! ¡al sol se conoce algo!..

REN. ¡Qué!..

AGLAE. ¡Tiene un cierto color de castaña!..

BIJU. ¡Cáspita!.. ¡Esto es alazan!.. (*Riendo.*) ¡puro alazan, querido Renaud!

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!..

REN. ¡Ah! se trata .. (*Viendo el frasco que le presenta Teobaldo.*) ¿Y bien, qué? (*Con frialdad.*) Esto prueba que asi como vosotros haceis alarde de vuestros vicios, yo oculto los mios.

ESCENA VII.

DICHOS, *la señora* FRANCIS.

FRANC. ¿Llamábais, señores?

BIJU. ¡Hola! ¡aqui está la dueña! (*A los demas.*) ¡Eh! me parece que no os quejareis!..

TEOB. ¡Calla!.. ¡Esto es casi una mujer! (*Contemplándola.*)

FRANC. ¿Qué quereis que os sirva?

TEOB. En primer lugar, vino.

FRANC. ¿Pero qué vino?

BIJU. Vino azul, todo lo mas azul que tengais; que escalde; si no levanta ampollas en la boca, no lo pagamos.

FRANC. ¡Eh! no hay cuidado: el mio es de lo superior. (*Entra en la casa.*)

BIJU. Aqui estan el caballero Lambert y Balaklava.

ESCENA VIII.

DICHOS, MÁXIMO *y* BALAKLAVA *del brazo por el foro.*

TEOB. ¿No os lo dije? ¡Ese pobre Lambet está desconocido! (*A Renaud.*)

REN. ¿Será cierto?

MAX. Os digo, señorita Balaklava, que esto se deja para las mujeres que no tienen sentido comun.

BAL. Pues yo os repito que me gustan mucho los niños.

MAX. ¿Ois, señora? ¿A esta (*Riendo.*) señorita le gustan los niños; cuidarlos, acariciarlos!.. ¡Se puede dar gusto mas depravado! ¡Dice que se enternece al oirlos llorar, y que se encanta viéndolos hacer gestos!.. Eh, señorita Balaklava, delante de estas damas, que como vos, consagran su vida á los entretenimientos del tocador y á los placeres de los salones, me tomo la libertad de deciros que teneis una inclinacion lamentable. (*Todos rien.*)

TEOB. Os oigo... y apenas creo lo que oigo.

REN. El caballero Lambert se decide segun veo, por la escuela de Castelnau. La insensibilidad es su fuerte.

BIJU. Bien, primo, bien; veo que te vas formando.

MAX. ¿Y eso os admira? ¿Pues creeis que es tan difícil hacer sonar el instrumento que tocais? Como todo ello consiste en jugar en falso! ¡Hola, vizconde!.. (*Saludando á Teobaldo.*) Recibid mi parabien. ¡Habeis caido como un ángel en el salto del rio! ¡Hay gentes tan estúpidas que siempre caen de cabeza!.. ¡Oh! Pero vos habeis resuelto la cuestion en sentido opuesto. ¡Habeis estado feliz, vizconde, habeis estado feliz!

BIJU. ¡El vizconde cae siempre bien! Lo mismo que si se acostase.

TEOB. ¡Creo que se burla de mí! (*Ap.*) Mi caida no ha impedido (*Alto.*) á Ibrahin llegar el primero.

MAX. ¿Quién es Ibrahin?

TEOB. El caballo que montaba, y cuyo dueño veis en el amigo Renaud.

MAX. ¡Oh! muy bien por el caballo, y mejor por... ¡Qué diablos!.. Iba (*A Renaud.*) á daros otro nombre! ¡Sois tan parecido á un antiguo conocido de mi casa!..

BIJU. ¡Vino azul!.. ¡Aqui está (*Sale Francis con el vino.*) el vino azul!.. ¡Quién toma!

TEOB. ¡Yo!.. ¡Yo!..

BIJU. ¿Y vos no bebeis, Renaud?

REN. No bebo nunca.

AGLAE. Quiero probar ese brevaje, Edgardo.

BIJU. ¡Tomad, querida, tomad.

AGLAE. ¡Oh, esto es fuego! (*Bebe y lo arroja.*)

BIJU. ¡Fuego!.. ¡Puf!.. (*Probándolo lo tira.*) y no puede tocarse de insustancial... Si apenas tiene alcohol.

REN. Fanfarron de vino azul. (*Ap.*)

BIJ. Pero con el vino azul, ¿no se come algo?

BIJU. Dice bien: hola, señora... ¿cómo se llama esa mujer?

FRANC. ¿Quereis algo mas?

BIJU. ¡Ternera asada!.. ¡Bistek... Rosbif!.. Cualquier cosa suave: la cabeza de un jabalí.

FRRNC. Es el caso que no tengo mas que pescado frito.

AGLAE. ¡Pescado frito!

BAL. ¿Quién come eso?

TEOB. Por lo visto vamos á tener que comernos los caballos.

BIJU. ¡Pero qué demonios de figon es este donde no hay un mal pavo con trufas! ¡Ah, una idea!.. Salgamos en busca de comestibles por esas cercanias!.. ¡Diablo!.. Si viviera mi padre!.. ¡Él!.. que tenia un surtido...

PIN. BAL. AGLAE. TEOB. } ¡Aprobada la idea!.. Si, si, vamos.

BIJU. ¿Veis qué ideas tan felices tengo? ¡Os propongo nada menos que una batida de comestibles!

TODOS. ¡Si, si, en marcha!..

BIJU. En marcha. ¡Otra idea! (*Deteniéndose todos.*) ¡El que de nosotros traiga la mejor pieza, tendrá derecho á dar un abrazo á las damas!

TODOS. En marcha, en marcha.

BAL. ¡Qué ideas mas groseras se le ocurren á este Bijú.. (*A Pincet saliendo.*)

BIJU. ¡Hija mia!.. ¿Qué remedio? ¡Cada uno da lo que tiene y no está obligado á mas!

ESCENA IX.

MAXIMO *en la puerta de la verja siguiéndolos con la vista.*

¡Sus facciones son las mismas!.. Creo que se turba algo siempre que me ve, á pesar de sus hábitos de disimulo! ¿Será verdad que ese hombre se llama Alfredo Renaud? ¡No sé por qué me resisto á creerlo! Toda esa juventud extraviada me inspira compasion; solo él me inspira odio... Y es que mientras esa turba de imbécilee tiene solo el vicio en la corteza, Renaud le tiene en el corazon. Es preciso que yo le observe mas de cerca. (*Se aleja un momenlo.*)

ESCENA X.

MARTA *por el lado opuesto y madama* FRANCIS.

MAR. ¡Ah, señora Francis!.. ¿No ha vuelto Luis?

FRANC. ¡Calla! ¡Pues yo creia que os habiais ido juntos!

MAR. Si; habiamos ido á visitar la iglesia del cementerio, pero no sé qué falsa vergüenza le ha contenido, que me he visto obligada á entrar sola. Sin duda se ha debido cansar de esperarme, porque cuando salí de la iglesia ya no estaba allí.

FRANC. ¡Ya!.. ¡Si estaba de prisa!

MAR. Si, eso debe de ser, estaba de prisa. Adios, señora Francis: voy á tomar el ómnibus.

FRANC. Hasta mas ver, sañorita Marta; no puedo acompañaros hoy, porque tengo gente aqui, y creo que me darán que hacer.

MAR. ¡Ah! Si volviera Luis decidle que he cumplido por él. Adios, adios.

FRANC. Perded cuidado, no se me olvidará. (*Entra en su casa. En la puerta del fondo se encuentran Máximo y Marta.*)

ESCENA XI.

MAXIMO, MARTA.

MAX. ¡Ah, señorita!

MAR. ¡Dios mio, vos aqui!.. (*Con gozo.*)

MAX. ¡Qué extraña casualidad!.. ¡No sabeis el placer que tengo al veros!.. ¿Cómo estan aquellas buenas gentes? ¿Y el niño?

MAR. ¡Oh! Puedo aseguraros (*Riendo.*) que no le hizo mal la lluvia.

MAX. ¡Ah! Tanto mejor. Estoy seguro de que ahora ireis con mas frecuencia á casa de sus padres.

MAR. Si, la pobre enferma necesita que la cuiden.

MAX. ¡Oh! yo tambien iré.

MAR. Mucho se alegrarán, caballero, porque os estan muy reconocidos.

MAX. Sabiendo que allí podré encontraros...

MAR. Ciertamente. (*Un poco turbada.*)

MAX. ¿Supongo que no os disgustará mi presencia en aquella casa?

MAR. ¡Oh! de ningun modo: vuestra accion de ayer, caballero, es digna de la estimacion de todos los que abrigan sentimientos generosos y elevados.

MAX. ¡Ah! ¿qué vale mi accion comparada con las vuestras? Lo sé por ellos: vos sola, sin mas recurso que el trabajo de vuestras manos... ¡dispensando tantos y tales beneficios!...

MAR. ¡Oh! si el hacer bien causa tanta satisfaccion!

MAX. ¿Qué apostamos á que habeis venido por aqui á dispensar vuestro auxilio á algun desventurado?

MAR. ¡Oh! no; he venido simplemente á pasear.

MAX. ¿Sola? (*Con interés.*)

MAR. No; con un amigo. (*Con ingenuidad.*)

MAX. ¡Ah! (*Desconcertado.*)

MAR. Y como se ha visto precisado á dejarme para atender á un asunto de sumo interés, he pensado en volverme ahora mismo, y me retiraba cuando he tenido la satisfaccion de encontraros.

MAX. ¡Qué buena es! (*Ap.*)

MAR. Adios; haré presente en aquella casa la buena fortuna que he tenido hoy.

MAX. Perdonadme, señorita; perdonad, un solo momento. (*Deteniéndola.*)

MAR. ¿Qué teneis que decirme?

MAX. Señorita, acabo de llegar (*Un poco turbado.*) de América y vengo decidido á casarme.

MAR. ¿Y bien? (*Con curiosidad.*)

MAX. Tengo treinta años y treinta mil libras de renta; soy solo; conozco el mundo y me aburre la soledad.

MAR. ¡Oh! lo comprendo.

MAX. Este aburrimiento me ha impulsado á buscar en todas partes lo que hasta ahora no he podido hallar; una mujer tal y como la desea un hombre apasionado de la virtud. Por desgracia, señorita, en las grandes sociedades es difícil encontrar una joya de tan inestimable valia: la atmósfera que en ellas se respira seca en flor ese sentimiento que tanto embellece á la mujer. La virtud, como la violeta, crece y se desarrolla en la oscuridad: los aires del mundo las matan fácilmente. Pues bien, ayer he creido encontrar la virtud en la

morada de unos pobres artesanos: hoy creo estarla viendo aqui, á orillas del Sena, junto á la isla de Neuilly, cerca de la casa de un pescador!... ¡casi la toco!... ¡me veo en sus ojos!

MAR. ¡Ah, caballero!... (*Confusa.*)

MAX. Perdonad... ¿puede ofender mi lenguaje al amigo que participa de vuestros paseos?

MAR. Es un jóven... (*Cada vez mas confusa.*)

MAX. ¿Pariente vuestro quizá?

MAR. No, no es eso; (*Despues de un momento, con ingenuidad.*) es un jóven que me ama y á quien amo.

MAX. ¡Oh! ¿luego no sois libre? (*Con pena.*)

MAR. No, caballero. (*Con dignidad.*)

MAX. ¡Ah! Eso es diferente. (*Con desaliento. Un momento de silencio.*)

MAR. ¿Vais á odiarme, caballero? (*Con pena.*)

MAX. ¡Odiaros!... ¡Yo!... ¡oh!... (*Con ingenuidad.*) ¿Por qué me injuriais de esa manera?

MAR. ¿Luego lo que acabo de deciros no os impedirá visitar á aquellas buenas gentes?

MAX. ¿Por qué? No, al contrario; iré á verlas, y con mucha mas razon estando vos allí. El aroma que despide la virtud debe aspirarse donde se encuentre. Ya que no como esposo, iré á aspirarlo como amigo.

MAR. ¡Oh, me haceis feliz! (*Ofreciéndole la mano.*)

MAX. No tanto como yo esperaba.

MAR. ¡Adios!...

MAX. ¡Adios!...

MAR. ¡Oh, qué hombre mas noble! (*Ap.*)

MAX. ¡Oh, qué mujer mas digna! (*Ap. Acompaña á Marta por la izquierda y la despide fuera de la verja.*)

ESCENA XII.

LUIS MERCIER, MÁXIMO.

LUIS. (*Saliendo de la casita como hablando con Francis.*) Gracias, querida Francis; voy á correr hasta alcanzarla... (*Ap.*) ¡Oh! sin duda cuando yo me alejé por no tropezarme con aquellos importunos, debió salir Marta de la iglesia... Dice esa buena mujer que ha estado aqui hace poco... ¡Oh! no debe ir lejos todavia... ¡Ah!. .. (*Al ir*

á salir se tropieza con Máximo, que vuelve.)

MAX. ¡Caballero!...

LUIS. (*Ap.*) ¡Dios ha oido el ruego de Marta!... Sabré de mi padre.

MAX. ¿Sabiais que estabamos aqui?

LUIS. (*Con ansiedad.*) ¡Oh! ¿Quién está con vos, caballero?

MAX. ¿Quién ha de ser? Los amigos. Bijú... el vizconde. Teobaldo, Aglae...

LUIS. ¡Oh! no... ¿Qué me importa esa gente? Puesto que estamos solos, caballero, ¿quereis decirme qué es de mi padre?

MAX. Está en mi casa.

LUIS. ¿En vuestra casa? (*Con alegria.*) ¿No ha partido? (*En ademan de correr á su lado.*)

MAX. ¡Gracias á Dios! (*Con efusion.*) ¡Eh ahí un movimiento que os honra!

LUIS. ¿Qué decis? (*Deteniéndose con frialdad.*)

MAX. Id, caballero. (*Con severidad señalando el camino.*) Corred á su lado. ¿Por qué no seguis los impulsos de vuestro corazon?

LUIS. ¿Es una leccion la que me dais? (*Con orgullo.*)

MAX. ¿Y qué tuviera de extraño? (*Con lástima.*)

LUIS. Es que yo pago siempre las lecciones que se me dan. (*Conteniéndose.*)

MAX. Podeis poner el precio que gusteis; (*Estallando en cólera: rien dentro y se reprime.*) viene gente... Mas tarde nos veremos.

LUIS. Pues bien, caballero...

MAX. Estoy á vuestras órdenes.

ESCENA XIII.

DICHOS, BIJÚ *por el fondo*, FRANCIS *saliendo de su casita.*

BIJU. ¡Hola! ¡señora! ¡señora! (*Con un plato envuelto en una servilleta.*) Nunca me acuerdo del nombre de esta mujer.

FRANC. ¡Allá voy! ¡Allá voy!

BIJU. ¡Calla! ¡Aqui Castelnau! ¡Uf! Lo que he corrido.

LUIS. ¿Se ha visto desgracia como (*En el tono del primer acto.*) la mia? ¡Me salgo al campo para prescindir de los amigos, y hé aqui que caigo en medio de ellos como llo-

vido del cielo!

BIJU. Gracias, querido, gracias por el cumplimiento; es grosero, pero le acepto porque es de mi escuela. Tomad, tomad señora Francis... poned eso á calentar... ¡un pavo con trufas!... Yo hubiera preferido una ternera viva; ¡pero qué diablos!.. hubierais tardado mucho en aderezarla, y no es cosa de esperar. Vamos, Luis, vamos; es preciso que contribuyais con algo al banquete. ¿Por qué no vais en busca de los amigos?

LUIS. Es condicion precisa...

BIJU. ¡Cáspita!.. y el que traiga el mejor plato dará un abrazo á las damas.

LUIS. (*Saliendo con alegria.*) ¡Oh!... entonces es cosa de echarse á buscar algo!

BIJU. ¿Y tú, qué haces, querido primo? ¿En qué piensas? (*Máximo se encoge de hombros y sale en pos de Luis.*)

FRANC. (*Que ha ido siempre detrás.*) ¿Qué hago yo de esto?

BIJU. (*Incómodado.*) ¿No os he dicho que lo pongais á calentar? (*Se va detrás de Máximo.*)

FRANC. ¿Pero dónde?...

BIJU. (*Volviéndose.*) ¿Dónde?.. ¿Dónde quereis que se caliente un pavo? En la lumbre.

FRANC. ¡Ah! vamos: ya lo entiendo; ¡pero calla!... ¿Qué es esto?

BIJU. (*Viendo el pañuelo colgado de la verja.*) Esto es un pañuelo; tomad; (*Cogiéndolo y dándoselo.*) no me quemeis la sangre: Id á calentar eso (*Empujándola.*)

FANC. ¡Un bonito pañuelo! (*Examinándolo,*) ¡Mil gracias, caballero! ¡A! pero mirad, aqui hay un billete.

BIJU. ¡Un billete! ¡Y el pañuelo (*Ap.*) es de Aglae! ¡Oh! venga, mil gracias; ya no haceis aqui falta.

FRANC. ¡Es un bonito pañuelo! (*Entrando en la quinta.*)

ESCENA XIV.

BIJU, *y en seguida* AGLAE.

BIJU. ¡Un billete!.. (*Sobresaltado.*) ¡Yo no me acuerdo haber escrito á Aglae!.. ¿Y para qué, si la veo á todas horas? ¡Como no sea (*Abriéndolo.*) que la hayan escrito Pincet ó Balaklava! ¡Em! ¡Em! ¡Em! (*Leyendo.*) ¡Canario! ¡Em! ¡Em! ¡Em! (*Sorprendido.*) ¡Una declacion de amor á

Aglae!.. ¡Em! ¡Em!.. y firma Michelin! ¡Quién es este Michelin! (*Con ira.*) ¡Oh, á mí me va á dar algo!.. (*Estruja la carta.*)

AGLAE. Aqui traigo esto, (*Con un pañuelo de limones.*) limones, es decir, el principio de un ponche. Y vos, querido Edgardo, ¿qué habeis encontrado por ahí?

BIJU. ¿Qué he encontrado, eh? (*Haciendo por contenerse.*) ¿Qué he encontrado? Yo he hallado... esto, en una punta de vuestro pañuelo. (*Enseñando la carta.*)

AGLAE. ¡Ah, dadme esa carta! (*Aproximándose en seguida.*)

BIJU. ¿Esta carta? ¿Que os dé esta carta?

AGLAE. (*Incomodada*) No quiero que la leais.

BIJU. ¿No ¿Quién es este Michelin? (*Exaltado en cólera.*) ¿De dónde sale este Michelin? ¿Dónde habeis encontrado este Michelin?

AGLAE. (¡Lo ha leido!..) ¡Oh! La habeis leido... Edgardo, sois un galopin (*Indignada.*)

BIJU. ¡Aglae! (*Moviendo el látigo.*)

AGLAE. ¡No se conduce peor un portero!

BIJU. ¡Aglae... cuidado!.. (*Agitando cada vez mas el látigo.*) ¡Mira que tengo agitado el sistema nervioso!..

AGLAE. (¡Me amenaza!..) ¿Os Habeis permitido leer un billete dirigido á otra persona?

BIJU. Si señora, me lo he permitido.

AGLAE. Es un billete que la pobre Pincet me dió á aguardar por temor de ese Otelo (*Casi llorosa.*) de Burigeol!

BIJU. ¡Cómo! ¿Tiene celos el vizconde? (*Cambiando de tono.*)

AGLAE. Dadme ese látigo. (*Se lo quita.*)

BIJU. ¡Ah! ¡Conque es asunto de Pincet!.. ¡Conque el vizconde!.. (*Suspirando.*)

AGLAE. ¡Y vos habeis sospechado de mí!.. (*Moviendo á su vez el látigo.*

BIJU. ¡Vamos, vamos! (*Con cariño.*) ¡Pelillos á la mar! ¡Nada de reconvenciones!..

AGLAE. ¿Y habeis tenido el atrevimiento de amenazarme?

BIJU. ¡Vamos, Aglae! (*Retirándose.*) no gasteis esas bromas.

AGLAE. ¿Y hubierais cometido la imprudencia de pegarme? (*Le da con el látigo.*)

BIJU. ¡Cáspita, Aglae!.. (*Retirándose siempre.*)

AGLAE. ¡Hubierais sido tan cobarde!.. (*Otro golpe.*)

BIJU. Bien, bien; (*Cerrando la puerta de la casita.*) incomodaos es j to, pero no hableis tan alto!.

AGLAE. ¡Sois un necio!.. (*Otro latigazo.*)

BIJU. Si yo no lo niego, (*Queriendo acercarse á ella.*) querida, soy un necio, pero no griteis; no hagais ruido.

AGLAE. ¡Un necio, si, un villano, (*Llorando tira el látigo.*) un cobarde! (*Se deja caer en el banco de piedra.*)

BAL. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Buena caza! (*Dentro.*)

BIJU. Ya estan ahí. (*Se apresura á recoger el látigo y empieza á pasear apresuradamenle.*)

ESCENA XV.

DICHOS, BALAKLAVA *y* PINCET.

BAL. ¡Cielos, Aglae llorando... y Bijú agitando su látigo!

PIN. ¡Oh, eso es una infame cobardia! (*Indignada.*)

BAL. ¡Bijú, sois un monstruo! ¿Aglae, y tú sufres eso?

AGLAE. ¡Le amo tanto!.. ¡Le amo tanto!

PIN. ¡Pobre niña! ¡Hé ahí la recompensa de su amor! (*Enfurecida.*)

BIJU. ¡Esto si que es divertido!.. (*Ap.*) Ahora me colman de improperios cuando yo soy la víctima.

ESCENA XVI.

DICHOS, MÁXIMO, LUIS, RENAUD *y* TEOBALDO.

TEOB. Cuidad que no se escape Castelnau. (*Entra en la casita y vuelve á salir á poco.*)

REN. ¡Escaparse!.. ¡No faltaba mas!..

LUIS. ¡Pero si iba en busca vuestra!

REN. ¡Ya!

LUIS. ¡La pobre Marta habrá partido sola!. (*Ap.*)

REN. ¡En busca nuestra y camino de las Ternas! Es decir, en direccion opuesta.

LUIS. ¡Renaud! (*Incomodado.*)

REN. Os habeis perdido presenciar el triunfo de mi Ibrahin... ¡Qué caballo! ¡Qué caballo!

LUIS. ¡Si yo pudiera entretenerlos y escapar! (*Ap.*)

REN. Voy á haceros una proposicion, Luis.

LUIS. Veamos.

REN. Mas de una vez habeis mostrado deseos de poseer mi caballo.

LUIS. ¿Vais á regalármelo?

REN. No, pero os lo juego.

BIJU Y TEOB. ¡Bravo! ¡Bravo!

AGLAE. } ¡Uf!..
PIN. } ¡Qué fastidio!
BAL. } ¿Pero no se come?

MAX. Esto es interesante. (*Riendo.*)

LUIS. Acepto la partida; va el caballo contra lo que querais.

REN. ¡Oh! Esa es una palabra imprudente (*Con gravedad.*) que os es permitido retirar.

LUIS. Jamás recojo (*Picado.*) una vez dejada caer, ni una moneda del suelo, ni una palabra de mis labios. (*Máximo se sonrie.*)

TODOS. ¡Bien! Bien por Castelnau.

REN. ¿Y á qué juego?

LUIS. Al mas corto; á pares ó nones.

REN. Oid pues; juego... (*Le habla al oido.*)

LUIS. Renaud. (*Le mira fijamente con ojos espantados. Máximo observa con interés.*)

TODOS. ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué quiere decir eso? (*Mirando todos á Luis, que queda como anonadado.*)

REN. Esto quiere decir, señoritas, que Luis de Castelnau es como aquella pobre niña que todos hemos conocido en nuestras reuniones, y que ha muerto hace poco: aquella notabilidad ruidosa que llenaba el mundo con sus encantos, y que habiendo conservado en el rincon de un armario la blanca corona de flores conque se adornaba á los doce años, esto es, en la inocente alborada de su vida, mas de una vez entre el baile de tarde, y la orgia de la noche, se arrodillaba piadosamente ante aquella casta reliquia, y pensaba en Dios y en su madre, y vertia lágrimas de arrepentimiento, y rogaba al cielo por su salvacion.

LUIS. (¡Dios mio!..) (*Gran atencion en todos.*)

REN. Pues bien... Como ella, (*Sonriendo.*) nuestro amigo Castelnau, oculta tambien su corazon de quince años, del que, á decir verdad, no se sirve todos los dias. Pero de vez en cuando lo toma, y lo lleva fuera de Paris para ofrecérselo á un ángel de los campos que responde al dulce nombre de Marta. (*Luis procura sacudir su estu-*

por, y permanece con la mirada fija en Renaud, que continúa sonriendo.) Con ella pasea al través de la espesura, deleitándose en oir el eco lejano de las campanas, el murmullo del rio, el gorjeo de los ruiseñores, y entonces los dos se miran tiernamente, y suspiran, y... nada mas, porque no se trata mas que de un idilio pastoril, de una segunda edicion de los amores de Pablo y Virginia, con la sola diferencia de que la escena no es en la isla de Francia, sino en la isla de Neuilly! (*Carcajada general.*)

BIJU. ¡Bravo! ¡Bravo!

TEOB. ¡Bien, Renaud!

REN. Silencio. (*Luis le dirige miradas centellantes: Renaud se le acerca sonriendo, y le coge del brazo con entera confianza.*) Ahora bien, señores, esa nueva y casta Virginia, ó mas bien (*Colocando su mano sobre el bolsillo del chaleco de Luis.*) la llave de su morada, la llave del paraiso secreto de Luis; esa llave que siento aqui, bajo mi mano, en este bolsillo, hé ahí lo que yo juego contra mi caballo Ibrahin. (*Alejándose con naturalidad.*)

LUIS. ¡Oh! (*Va á arrojarse sobre él, y permanece helado al escuchar las risas de los demas.*)

BIJU. ¡Bravo, Renaud! (*Dándole la mano.*) Eso es de mi género.

REN. Hé ahí una partida (*Con naturalidad.*) que hubiera aceptado Lord Biron, el excéptico de los excépticos, sin que su corazon hubiera dado un latido de mas. ¡Oh! (*Cambiando de tono.*) Pero no todos tienen la organizacion del gran poeta. Por esta razon comprendereis que al proponérsela á Luis, no he tenido otro objeto que sujetarle á una prueba de este género, para verle una vez conmovido y tembloroso... como teneis ocasion de verle.

BIJU. ¡Calla! ¡Es verdad!...

TEOB. ¡Estás temblando! (*Acercándose. Murmullos de compasion y de ironia entre los demas.*)

REN. (*Acercándose.*) ¡Perdonad, querido Luis; os he dado un mal rato!.. ¡Pero estais temblando!.. (*Le toma la mano.*) ¡Oh! ¡Qué pálido estais!.. ¡Qué pálido!... ¡Vamos, reponeos! Bijú... un vaso de agua. (*Las damas se apresuran á traerle un vaso de agua, todos se agrupan en torno su yo, y cuando Renaud le presenta el vaso de agua,*

saca su mano del bolsillo, y la tiende cerrada delante de Renaud.)

LUIS. ¿Pares ó nones?

REN. (*Ap. con efusion.*) ¡Oh! lo esperaba. (*Alto.*) Pares.

TODOS. ¡Bravo! ¡Castelnau! ¡Bravo! (*Palmotean y gritan.*)

LUIS. Contad. (*Ofreciendo las monedas á Bijú. Momento de silencio.*)

BIJU. ¡Dos... cuatro... cinco... siete... nueve... doce!... (*Movimiento de curiosidad.*)

LUIS. (*Alargándole la llave.*) Tomad; habeis ganado. (*Todos opluden y se apresuran á estrecharle la mano. Máximo no sabiendo lo que pasa, mira á unos y á otros con interés. Luis en medio de la escena parece como herido de un rayo. Renaud sale con Flamand.*)

REN. Flamand, necesito de tí.

TODOS. ¡Bravo! ¡Castelnau! ¡Bravo!

MAX. ¡Pero esto es espantoso! ¡Ha jugado la llave que guarda el tesoro de su amor!..

BAL. ¡Ese Renaud tiene una fortuna!.. ¡Y si vierais como odio á los que como él se tiñen los cabellos de negro!

MAX. ¿Decis que se tiñe el cabello? (*Vivamente.*)

BAL. ¡Si es mas rojo que una espiga de trigo!

MAR. (*Ap. estallando.*) ¡Oh! ¡Entonces es el malvado Maupin!.. Es el estafador de mi padre... Luis, habeis jugado mas de lo que creeis. Y es que vosotros, señores, sois los fanfarrones del vicio, sin advertir que ese hombre es el vicio en cuerpo y alma. (*Se va precipitadamente.*)

ESCENA XVII.

LUIS, BIJÚ, TEOBALDO, AGLAE, PINCET *y* BALAKLAVA.

LUIS. ¡Renaud! ¡Renaud!.. (*Saliendo de su estupor, y mirando en torno suyo.*) ¿Dónde está Renaud?...

TODOS. Ha partido. (*Aproximándose.*)

LUIS. ¡Ha partido!.. (*Con espanto.*) ¡Ah! ¡Si, si!.. ¡ya sé!... (*Riendo convulsivamente, y llorando á la vez.*) ¡Bijú!... ¡Bijú!...

TEOB. ¡Luis! ¡Luis!.. (*Adelantándose.*) ¿Estais llorando?

LUIS. ¡Ah! ¡necesito matar á un hombre!.. (*Estallando en cólera.*)

TEOB. ¡Luis! (*Conteniéndole.*)

LUIS. (*Rechazándole.*) A vos, será á vos, que sois tan miserable como él. (*Le arroja los guantes á la cara.*)

TEOB. ¡Oh! (*Lanzándose sobre él. Todos se interponen.*)

LUIS. Ahora se batirá por fuerza, y... me dejaré matar!... ¡Oh!... ¡Marta!... ¡Marta!... (*Desfallecido cae en brazos de Bijú y de los demas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete en casa de Luis: puertas á derecha é izquierda: la del fondo es la de entrada. Aglae y Pincet sentadas en un confidente: Balaklava ante una consola, tomando una taza de tila. Bijú se pasea pensativo. Al abrirse la escena entra Teobaldo por el fondo y cierra las puertas con mucho cuidado. Hablan en voz baja.

ESCENA PRIMERA.

AGLAE, PINCET, BALAKLAVA, BIJÚ *y* TEOBALDO.

AGLAE. ¿Lo has entendido, querida? *(Bajo á Pincet.)* Si te habla de ese Michelin, dí que esa carta era para tí.

PIN. ¡Eh! no hay cuidado. Ademas, ahora no se acuerda de eso.

BAL. ¡Pobre Luis!... ¡vaya un ataque! *(Ap.)* ¡Oh! Y á mí se me han soltado los nervios.

TEOB. *(A Bijú.)* He mandado un aviso á Renaud.

BIJU. ¿A Renaud? ¿Y para qué? *(Deteniéndose.)*

TEOB. ¡Toma! Como Luis pronuncia su nombre á cada instante...

BIJU. ¿Y qué le habeis mandado decir?

TEOB. Le suplico por medio de Boldrik que venga al momento, si está en casa. Y si no está, le ruego que me envie á decir cuándo podrá hacerlo.

BIJU. ¡Ah! ¿conque si no está en casa quereis que os mande decir?...

TEOB. ¡Ah! ¡Diablo! no sé lo que digo... ¿Os parece que le suministremos ahora ese brevaje que le ha recetado el médico? (*Se abre bruscamente la puerta y entra Máximo. Todos se levantan.*)

ESCENA II.

DICHOS, MÁXIMO.

TODOS. ¡Chis!...

MAX. ¡Eh! ¡Qué hay? ¿Qué pasa? (*Sorprendido.*)

TODOS. ¡Chis!... Ahora descansa. Está durmiendo.

MAX. ¿Quién?

BIJU. ¡Quién diablos quereis que sea! ¡Luis, hombre, Luis!

MAX. ¿Pues qué ocurre? ¿Qué significa tal misterio y tal cuidado?

TEOB. ¿No sabeis?...

MAX. No sé nada; contadme...

AGLAE. Está sangrado.

BAL. Un ataque á la cabeza...

PIN. ¡Pero horrible!...

TEOB. Tan horrible, que queria matarme, queria batirse conmigo. Ya veis si es locura... Él, que no maneja un arma, y yo que conozco todas... ¡todas!... ¡Como que soy discípulo de Grisier! Un profesor eminente y de reputacion europea...

MAX. Pero ¿qué ha pasado?

BIJU. Eso es lo difícil de explicar. Despues que partió Renaud le vino un acceso de furia tal, que apenas podiamos contenerlo. Sin duda alguna debió sufrir su cerebro una perturbacion lamentable, porque cayó privado de sentido, sin que bastasen nuestros auxilios para volverle el conocimiento. Entonces le llevamos á casa del médico de Neuilly, que le aplicó una sangria considerable, y merced á este desahogo volvió á la vida y empezó á sollozar. El médico nos dijo entonces que ya no habia peligro, y lo zampamos en el carruaje como quien mete un saco de cualquier cosa. ¡Pero vaya una caminata! Durante la travesía ha dicho mil desatinos, ha gritado como un energúmeno. Loco, querido, completamente

loco. Le hemos traido á su casa, á su propia cama; le ha visitado otro médico, le ha recetado no sé qué potingue, y ahí está dormido y sosegado, como quien no ha roto un plato en su vida.

MAX. ¿Pero está solo? ¿No está con él esa señorita Margarita...

BAL. ¡No sabeis!... Pues si Margarita se ha retirado del mundo.

MAX. ¿Qué? ¿Retirarse del mundo? ¿Qué quiere decir eso?

PIN. Tan pronto como supo lo ocurrido esta tarde con Renaud á propósito de la llave, celosa y desesperada, quiso marcharse.

AGLAE. Yo, para calmarla, la conté la historia de la Valiere, sacrificada á la Montespan...

TEOB. Y eso sin duda la conmovió, porque me preguntó en qué parte de Paris se hallaban las carmelitas; y como yo no sabia, la dirigí á Bijú.

BIJU. Yo la he dicho que estan en el camino de Versalles, orilla izquierda, octava estacion; y despues de quedarse con las señas, se ha marchado.

MAX. ¡Entonces la has enviado á la escuela de Saint-Cyr!

BIJU. ¿De veras? Mejor: allí podrá llorar sus faltas.

BAL. ¡Silencio!... (*En la puerta de Luis.*) Creo que habla... ¡Dios mio!... ¿Si será atro ataque? ¡Si vierais cómo desvariaba!

MAX. ¡Oh! entonces debe de estar mas malo de lo que creeis. (*Ap.*) ¡Y su pobre padre! Señorita, (*Alto.*) ¿quereis hacerme el obsequio de llamar?

TEOB. (*Escribe una carta rápidamente. Balaklava tira del cordon de una campanilla.*) Me parece que lo siento hablar. (*Entra un criado.*)

MAX. Pronto, esta carta á mi casa; ahí van las señas; apresuraos.

TEOB. Señor de Lambert, le siento andar en la habitacion. Se acerca... ¡Oh! aqui está. (*Se abre la puerta de la derecha y aparece Luis pálido y con la mano vendada, en la mayor calma. Movimiento general.*)

ESCENA III.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Creí que hablaban aquí... ¡Ah! sí... (*Dirige una mirada vaga por todas partes.*) Sí... ¡Bijú!... (*Reconociéndolos.*) ¡Aglae... Lambert... ¡Todos!...

BIJU. Sí, ¡todos... todos!...

LUIS. Buenos dias, Edgardo. (*Ofreciéndole la mano.*)

BIJU. Vamos... ¡ánimo!... ¡Qué diablos!... ¡viva la alegria! (*Tomándole la mano y apretándosela sin acordarse.*)

LUIS. ¡Ah! (*Dando un grito.*) ¿Qué es esto? (*Mirándose la mano.*) ¿Qué tengo? ¡Estoy herido! (*Mirando á todos parece recoger sus ideas, y echando mano al bolsillo del chaleco.*) ¡Oh! ¡sí!.. recuerdo!.. ¡Ya recuerdo!.. ¡la he jugado!.. y... la he perdido! la he perdido!.. (*Cae en brazos de Máximo.*)

MAX. ¡Luis! Luis! (*Sosteniéndole.*)

LUIS. (*Reconociéndole.*) ¡Ah! ¡sois vos, Lambert!... ¡Y tambien vosotros!... ¡Todos!... ¡Todos!... ¡oh! no; (*Incorporándose y haciendo un esfuerzo.*) ¡falta Renaud!... ¡ha partido!... ¡ha partido!... ¡Ah, Dios mio!.. ¡fuerzas, fuerzas para matarle!

BIJU Y TEOB. ¡Vamos, Luis!...

TEOB. Tranquilizaos, amigo mio.

LUIS. Venid, sostenedme... arrastradme; conducidme allá abajo, al camino de Neuilly; á las Ternas; allí hay una casita aislada.

MAX. (*Extremecido.*) ¿Qué habeis dicho? ¿Qué habeis dicho? ¡Oh! no quiero creerlo. Esa mujer, esa niña á quien habeis jugado y entregado...

LUIS. (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Ah! ¡vos la conoceis! ¡corramos! venid; ayudadme á salvarla.

MAX. (*Rechazándolo.*) ¡Desventurado!... ¡Era ella!...

FRANC. ¡Dejadme entrar! Si yo conozco al amo!

TODOS. La señora Francis... (*Luis hace un esfuerzo para sostenerse, pero se deja caer en una butaca.*)

ESCENA IV.

DICHOS, FRANCIS *y* BOLDRIK.

BOL. El amo no está visible. (*Impidiendo la entrada.*)

BIJU. Si, si; que entre, Boldrik, que entre.

FRANC. (*Adelantándose.*) ¡Ah! ¿Conque es verdad que estais enfermo?

LUIS. (*Levantándose.*) ¡Y Marta!... ¿dónde dejais á Marta?

FRANC. ¿No ha venido todavia?

LUIS. No; no; ¿qué es de ella?

MAX. (*Con ansiedad.*) ¿La habeis visto?

FRANC. ¡Toma! Apenas me dijo el médico de Neuilly que estabais enfermo, corrí á su casa para prepararla.

LUIS. ¡Y bien! (*Con angustia.*)

MAX. Proseguid.

FRANC. La hallé tan tranquila, tan risueña y tan amable como siempre. Me dijo que os esperaba. La verdad, al verla asi, no tuve valor para darle la noticia.

LUIS. (*Con ansia.*) ¡Pero... pero... se ha salvado!..

MAX. ¡Calmaos, por favor! Proseguid, señora, proseguid.

FRANC. Algun tiempo estuve pensando en los medios de prepararla, y la verdad, no sabia cómo hacerlo, cuando llegó un hombre, un lacayo, que sin miramiento alguno la dijo: «venid, señorita, venid; el señorito Luis se muere.» (*Movimiento de espanto.*)

TODOS. ¡Oh!

MAX. ¡Y quién era ese hombre?

FRANC. Un lacayo que tenia un carruaje á la puerta... no sé su nombre... ¡Ah! ya sé... el criado del señor Renaud.

TODOS. ¡Oh!

MAX. ¡Cielos!

FRANC. La señorita Marta palideció como una muerta al oir la noticia; pero como vacilase en darle crédito, el hombre la dijo: «el señorito no puede escribir y me ha encargado que os presente esta llave á fin de que os dejeis conducir á su lado, porque quiere veros.»

LUIS. ¡Gran Dios!

FRANC. La señorita tomó la llave, y parece que la reconoció, porque entonces sin vacilar un punto me abrazó lloran-

do y se arrojó en el carruaje, que partió al momento como una exhalacion. Yo entonces dije para mí: «puede ser que yo la sirva de algo, y tomé el ómnibus... y héme aqui.

LUIS. ¿Pero dónde está Marta? ¿Dónde la han llevado?

FRANC. Si debe estar aqui ya.

TODOS. No ha venido.

LUIS. ¡Oh! (*Cae aplomado en la butaca.*)

MAX. ¡Calma! ¡Yo iré en casa de Renaud!.. No, primero iré á mi casa; despues... yo sabré lo que he de hacerme... Boldrik... un carruaje.

TEOB. Mi tilbury está á la puerta.

MAX. Vuelvo al punto.

ESCENA V.

DICHOS *menos* MÁXIMO.

LUIS. (*Quiere levantarse y vuelve á caer aplomado.*) ¡No puedo... no tengo fuerza!... ¡Y por otra parte, dónde iria á buscarla!.. ¿Dónde la habrán conducido? ¡Ah! ¡pobre niña!... (*Se cubre el rostro con las manos.*) ¡No sobrevirá á su vergüenza!... ¡Morirá! y soy yo quien la asesina!

AGLAE. (*Llorando, tomándole las manos.*) ¡Vamos, Luis!.. vamos; por Dios, ¡no os desespereis!

BIJU. ¡Amigo mio!... (*Aparte, enternecido.*) ¡Canario! Yo no puedo ver esto.

TEOB. ¡Ah! ¡Renaud! ¡Renaud! (*Aparte, desesperado.*) ¡Si yo lo encuentro cara á cara! ¿Adónde estará ahora?

ESCENA VI.

DICHOS, BOLDRIK *anunciando*.

BOL. ¡El caballero Alfredo Renaud!

LUIS. ¡Miserable!... (*Queriendo lanzarse á él. Este último esfuerzo le hace caer en brazos de las damas desmayado.*)

AGLAE. ¡Ah! ¡Dios mio!... ¡Boldrik!.. ¡acude, Boldrik!...

PIN. ¡Aquí!.. ¡aquí!..

BOL. A su cama... á su cama... (*Auxiliado por Bijú y las damas le llevan á la habitacion. Boldrik vuelve á salir.*)

ESCENA VII.

TEOBALDO, BIJÚ, RENAUD.

TEOB. ¡Caballero! (*Encarándose con Renaud.*) ¿Sabeis que soy discípulo del famoso tirador de espada Grisier?

REN. Si, tengo una idea...

TEOB. (*Con firmeza.*) Pues bien; Grisier me ha enseñado una estocada especial que mañana tendré el honor de daros en medio del corazon. (*Se vá.*)

REN. ¡Vaya una recepcion singular! (*Sonriendo.*)

BIJU. ¡Caballero! (*Cuadrándose ante Renaud con aire insolente.*) Por la mañana tendré el honor de daros mi opinion acerca de vuestra conducta, y os advierto que estaré muy grosero... muy insolente... ¿comprendeis? ¡Hasta mañana! (*Se vá por el foro.*)

ESCENA VIII.

RENAUD, *en seguida* MERCIER.

REN. ¡Bravo!.. (*Poniéndose el sombrero.*) esto continúa; para hacerme este recibimiento, valia mas que no me hubiesen mandado llamar. (*Mirando el reló.*) ¡Lasdiez!.. Tiempo es ya de pensar en ir á la calle de Saint-Maur. (*Va á salir, y se detiene al ver á Mercier.*)

ESCENA IX.

RENAUD, MERCIER, BOLDRIK.

MER. Como me ha llamado por una carta, (*A Boldrik.*) creí que estaria aqui.

BOL. Me ha encargado al salir, que os suplicara le aguardaseis un momento.

MER. Bien, esperaré aqui.

REN. ¡Eh!

MER. ¡Ah! caballero, perdonad; pero si no me equivoco, vos estabais anoche entre los que acompañaban á mi hijo.

REN. ¡Oh! ¡vuestro hijo Mercier de Castelnau!

MER. ¡Mercier!.. ¡solamente Mercier!.. Yo no he aprendido

á mentir, caballero.

REN. ¡Ah! Eso es muy laudable.

MER. ¿Sabeis acaso, para qué me ha mandado llamar el señor de Lambert?

REN. No, caballero.

MER. ¡Oh! ¡no disimuleis; no eludais mis preguntas como ese jóven honrado, que no queriendo abandonarme en una habitacion de la fonda, me ha llevado á su casa, asegurándome que Luis no tardaria en justificarse. ¡Desventurado! ¡Tan grande era su falta que no osó hablarme, tenderme una mano, dirigirme una sola mirada!..

REN. Lo ignoro, caballero.

MER. Porque á no ser esto, tengo que creer que su alejamiento y su extrañeza, provenian de encontrarse cara á cara con su padre; de quien se avergonzaba quizá por que es fabricante; porque pertenece á la clase media; mientras que él se precia de gran señor y de raza novilísima.

REN. Perdonad; pero me retiraba cuando entrabais. (*Saludándole.*)

MER. (*Dolorosamente.*) ¡Despreciado por mi hijo!..

MAX. (*Ap. en el foro.*) ¡Llego á tiempo!

REN. ¡Lambert!.. (*Ap.*)

ESCENA X.

DICHOS, MÁXIMO.

MER. ¡Ah! ¡Caballero Lambert! ¡Gracias á Dios!

MAX. Perdonad, señor Mercier, soy con vos al momento.

REN. Os dejo, señores.

MAX. (*Deteniéndole.*) ¡No, por favor; no os marcheis, caballero Renaud!

REN. Amigo mio, estoy de prisa.

MAX. Lo sé; os pido un solo instante.

REN. ¡Un solo instante!.. Sea. (*Mirando el reló*)

MAX. (*Tomando la mano de Mercier.*) Si conservais un resto de afecto por vuestro hijo, si confiais en mí, tened todavia un poco de paciencia. Entrad aqui: esperad unos cuantos minutos en ese salon.

MER. Pero si lo que vais á decir se refiere á mi hijo, ¿por qué no he de oirlo yo?

MAX. Os lo suplico. (*Con dulzura. Mercier sale.*)

ESCENA XI.

MÁXIMO, RENAUD.

MAX. (*Despues de cerrar la puerta.*) Vengo de vuestra casa, donde me han dicho que habiais salido para venir aqui, lo cual no deja de admirarme.

REN. Con efecto, no era precisamente á esta casa donde debia venir ahora; pero esos señores me han mandado llamar, y por cierto que á saber el lazo que me tendian...

MAX. ¿De veras?

REN. Si; ¿sabeis que es muy mal jugador nuestro amigo Mercier de Castelnau? Entre nosotros, cuando se juega y se pierde, se paga. Una deuda de juego es sagrada.

MAX. ¿Aun cuando la deuda sea una mujer? (*Sonriendo.*)

REN. Sobre todo, cuando es una mujer.

MAX. Es justo. ¿Y por qué teniendo la llave del tesoro no os habeis cobrado en seguida?

REN. ¿Estais loco? (*Sonriendo.*) Queriais que hubiera ido á Neuilly por la noche, amparado por la sombra, á detenerme á la puerta de una casita aislada, que me es muy conocida, á penetrar decididamente en la habitacion en que esa niña duerme bajo la salvaguardia de las cerraduras? ¡Oh! hubiera sido feroz, peligroso quizá... y sobre todo, una verdadera torpeza. ¡Abrir una puerta!... ¡Oh!.. eso se ve todos los dias... (*Sonriendo.*) De aquella llave he hecho yo un verdadero talisman.

MAX. Con el cual habeis fascinado, atraido á la pobre paloma para conducirla, sabe Dios donde.

REN. Donde no se sabrá nunca.

MAX. ¡Oh, eso es encantador!

REN. No está mal del todo, pero en fin... (*Riendo maliciosamente.*)

MAX. Vaya pues, voy á explicarme. (*Cierra la puerta del foro y retira la llave.*)

REN. ¿Qué haceis? (*Sin conmoverse.*)

MAX. Esto es pediros la revancha de Luis. ¡Teneis una llave!.. yo tengo otra: el juego es completamente igual.

REN. (*Observándole con sorpresa, pero sin temor.*) ¿Vais á retenerme aqui? En Castelnau lo comprenderia, ¡pero en

vos... ¡Ah, ya recuerdo! Vuestra comida de ayer en casa de esos pobres obreros... Sin duda habeis visto allí á Marta y la conoceis... como yo.

MAX. ¡Pues!.. y me gusta... como á vos. ¡Un capricho, caballero Renaud!

REN. Y formalmente ¿habeis contado con el éxito de tan pobre idea?.. Un capricho que recurre á la fuerza, á la violencia...

MAX. (*Arrojando la llave sobre la mesa.*) Ahí teneis; ahora recurro á vuestra cortesia.

REN. ¿Y quereis que por cortèsia os ceda mi puesto? ¡La broma es chistosa!

MAX. ¡Bah! Entre hombres de mundo, entre personas como nosotros, esas son cosas corrientes. La ventura que se gana en una taberna á pares ó nones, bien puede cederse cortesmente en un salon.

REN. (*Tomando la llave.*) Vos me permitis; ¿no es esto?

MAX. (*Sin alterarse.*) Caballero Renaud, yo os ruego... (*Renaud abre la puerta.*) Caballero Renaud... ¡Yo os suplico!..

REN. (*Volviéndose.*) ¡Gracias!.. Adios, caballero Lambert.

MAX. (*Dando un paso hácia él.*) ¡Cuidado, caballero Renaud! Porque si vos no quereis hacerme la concesion que os pido, (*Con firmeza y en tono de amenaza.*) me veré obligado á dirigirme al caballero Maupin!

REN. ¡Ah! (*Máximo le mira fijamente, Renaud vuelve hácia él.*)

MAX. (*A media voz.*) Si, caballero; me veré precisado á dirigirme al estafador Maupin, para recordarle una historia de hace quince años, en la cual figura como falsario y suplantador de firmas. Acaso al referírsela procure disimular su turbacion bajo la máscara hipócrita con que escondia en casa de mi padre sus malos instintos y sus pasiones depravadas. ¡Oh! Pero será en vano, porque al sorprenderle mi padre un dia con la ganzúa del ratero en la cerradura de la caja, le cogió por un brazo y le dijo estas palabras: «Escoged entre una declaracion firmada de lo que acabais de hacer, ó el presidio de Tolon.» (*Renaud procura afectar serenidad.*) Maupin escribió: firmó su confesion y huyó... (*Cambiando de tono.*) Ahora bien; ese papel hacia parte de mi herencia, y está aqui. Señor falsario, ¿dónde está Marta? (*Momento de silencio.*)

REN. (*Friamente.*) ¿Es un cambio lo que me proponeis?
MAX. Teneis una comprension admirable. (*Con acento de burla.*)
FLAM. (*Dentro.*) ¿Está en el salon? Bien, bien, gracias.

ESCENA XII.

DICHOS, FLAMAND.

REN. (*Volviéndose.*) ¿Qué es?
FLAM. (*Presuroso le habla en voz baja.*) ¡Ah, señor! Os busco por todas partes y creia no hallaros: abajo está el carruaje... y dentro la señorita...
REN. (*Con imperio.*) Hablad alto.
FLAM. (*Admirado.*) ¿Cómo?
REN. ¡Sois un torpe! ¿Qué os mandé que dijerais á la señorita Marta? (*Con enojo.*)
FLAM. (*Bajando la voz.*) Que el señor de Castelnau...
REN. (*Con ira..*) Mas alto.
FLAM. Que el señor de Castelnau estaba muy malo.
REN. ¿Y qué mas?
FLAC. Y que yo estaba encargado de conducirla á su lado.
REN. Pues bien, el señor de Castelnau está aqui, en su casa. ¿Por qué tanto misterio?
FLAM. (*Ap. sorprendido.*) No entiendo una palabra.

ESCENA XIII.

DICHOS, FRANCIS.

FRAN. Voy á ver si descubro... ¡Ah! hé aqui el hombre que llevó la mala noticia. (*Viendo á Flamand.*)
MAX. Señora Francis, hacedme el gusto de bajar con ese jóven y conducid á Marta.
FRANC. ¡Ah! ¿Ya ha llegado? (*Con alegria.*)
REN. Acompañadla. (*A Flamand.*)
FLAM. (*Ap. al salir.*) Pues señor, uno de los dos está seguramente loco.

ESCENA XIV.

MÁXIMO, RENAUD.

REN. Ya veis, caballero, que soy mejor jugador que vuestro amigo.

MAX. Tomad, señor Maupin, (*Sacando el papel.*) tomad: debia perderos; pero no tengo valor para ello, porque vos sois la leccion y el castigo de esa turba de corderos, que no ven que en su rebaño se ha intròducido un lobo verdadero. ¡Donde quiera se vé la mano de la Providencia!... ¡Tomad, tomad, señor Maupin!... (*Riendo.*) Casi estoy por daros las gracias en nombre de la moral.

REN. ¡Oh, qué bueno sois!...(*Toma el papel, lo lee y lo rasga.*) ¡Me he salvado! (*Se va por el fondo.*)

ESCENA XV.

DICHOS, MARTA, FRANCIS, *y á poco* LUIS.

MAR. (*Entrando.*) ¿Dónde está Luis? ¿Dónde está Luis?

FRANC. Voy á llamarlo. (*Apresurada.*)

MAX. (*Saliendo á su encuentro.*) Tranquilízaos, señorita, tranquilizaos; no es nada, poco menos que nada.

MAR. ¡Es que me han dicho que se moria!...

MAX. ¡Oh! vuestra presencia le trae la salvacion. (*A tiempo que sale Luis, se abre la puerta de enfrente y aparece Mercier, pálido, severo, y se adelanta hasta interponerse entre Marta y su hijo.*)

LUIS. ¡Marta... Marta!... ¡Se ha salvado... se ha salvado!...

MAR. ¡Luis!

LUIS. ¡Dios mio, Dios mio! Gracias. (*Al tomar la mano de Marta se interpone Mercier.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, MERCIER.

MER. No os acerqueis á esta jóven.

LUIS. ¡Padre mio! (*Aplanado.*)

MAR. ¡Dios mio! ¿Qué oigo? (*Mirando á uno y otro lado.*)

MER. Bien sabeis que no os es dado tocar su mano.

MAX. ¿Qué haceis? (*A Mercier.*)

MER. (*Con dignidad.*) Por la vez primera de mi vida he escuchado detras de una puerta, y mentiria cobardemente si os dijera que no he oido cuanto aqui se ha dicho.

MAR. (*Desolada.*) ¡Caballero!... no sé si yo soy la causa de vuestra indignacion; pero os juro que jamás se ha mezclado en el cariño que profeso á vuestro hijo la mas pequeña idea de ambicion... Sé, por mi desgracia, que soy demasiado pobre para aspirar á ser su esposa.

MER. ¡Vos, hija mia!... (*Tomándole las manos con dulzura.*) ¡Oh! daros este nombre hubiera hecho la mayor felicidad de mi vida!... ¡Decis que sois pobre!... ¿Y qué? ¿No soy yo rico? Pero no es su fortuna la que os separa... (*Con severidad.*) es su crímen.

MAR. ¡Dios mio! (*Espantada, con las manos cruzadas.*)

MAX. ¿Pero no veis que vais á matarla? (*A Mercier: momento de pausa.*)

MER. (*Mirando á su hijo con desprecio.*) Teneis razon, callaré; pero por ella, por ella solamente.

LUIS. Pues bien, yo hablaré, y mi confesion será al propio tiempo mi castigo. (*Con espontaneidad.*) Si, Marta; nos separa un crímen. ¿No es el mas cobarde, el mas vergonzoso de todos los crímenes, el haber jugado el amor, el honor, la vida de una mujer?

MAR. ¡Ah!... (*Cae consternada sobre un sofá.*)

LUIS. Ya veis que todo ha terminado entre nosotros. (*Profundamente resignado.*) Olvidadme, Marta: (*Conmovido.*) que otro mas digno que yo recoja esos tesoros de ternura, que tan mal empleabais en mí: sed feliz, sed amada.

(*Le sofoca el llanto. Marta hace un movimiento para consolarle, pero lo comprime al momento. En este instante aparecen Bijú, Aglae, Pincet y Balaklava. Mercier al verlos quiere salir, pero su hijo le detiene.*)

ESCENA XVII.

MERCIER, LUIS, MARTA, MAXIMO, BIJU, TEOBALDO, AGLAE, BALAKLAVA, PINCET.

MER. Venid, hija mia, venid. (*Tomando de la mano á Marta.*)

LUIS. Un momento, señor.

MER. No me detengais, (*Bajo á su hijo.*) no me supliqueis, quedaos con vuestros amigos.

LUIS. Que vengan... (*Conteniéndole y en voz alta.*) ¿Qué me importan? (*Volviéndose á ellos.*) Los que fuisteis testigos del ultraje, sedlo tambien de la reparacion. Delante de vosotros me avergoncé anoche de inclinarme ante mi padre, como hoy me he avergonzado de entrar en la casa de Dios. Pues bien, á presencia vuestra declaro que he faltado ignominiosamente al amor, al respeto filial, á todos los deberes, á todas las religiones de mi corazon. Lo que yo creia fuerza de voluntad, quizás orgullo, sé hoy que era la mayor de las cobardias. Ahora mi orgullo, mi verdadero orgullo, consiste en presentarme ante vosotros con los ojos llenos de lágrimas, con las rodillas en tierra, pidiendo á mi padre su perdon, á Dios su misericordia. (*Se arrodilla.*)

MER. (*Cogiéndole del faldon de la levita.*) ¡Es tarde, caballero, es tarde! (*Retrocediendo.*)

LUIS. Soy vuestro hijo.

MER. Lo erais ayer, hoy no os conozco.

(*Luis se oculta el rostro entre las manos: los demas rodean suplicantes á Mercier.*)

MAX. ¡Caballero!

BIJU. ¡Cáspita!... (*Limpiándose los ojos.*) Esto es mas fuerte que yo.

TEOB. Estoy llorando como mi compañero del Ambigú.

MAX. ¡Cómo!... ¡erais vos!... (*Sorprendido.*)

TEOB. Yo, si, que ahora me confieso estúpido y necio y...

MAX. Silencio: no hablemos de eso. Buen anciano, (*A Mercier.*) conozco que habeis sido ultrajado cruelmente; pero Dios manda perdonar.

MER. ¿Qué estais hablando de ultraje? ¿Me habeis visto verter una sola lágrima? ¿Me habeis oido maldecirle? Su perdon estaba otorgado ya; pero lo que acabo de saber; pero su cobarde atentado contra esta pobre niña... hé ahí lo que no merece perdon; lo que no perdonaré jamás.

MAR. ¡Señor!.. ¡Señor!.. Ese jóven ha dicho bien. (*Con acento de enérgico sentimiento.*) Dios manda perdonar, y yo perdono. (*Movimiento de gozo en todos.*)

MAX. (*Suplicante.*) ¡Caballero!..

LUIS. (*Con ansiedad.*) ¡Padre mio!..

BIJU. (*Llorando.*) ¡Señor Mercier!..

MER. (*Profundamente conmovido.*) Si tú perdonas, pobre niña, ¿qué haré yo, que necesito vuestro cariño?

LUIS. ¡Ah padre mio!.. (*Besándole las manos.*) ¡Cuánto tiempo sin abrazarnos!..

BIJU. (*Entusiasmado.*) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hemos triunfado! ¡Absolucion general!.. Aglae, perdona mis... mis... (*Sollozando.*)

AGLAE. ¡Ah Bijú!.. Perdona los... los...

BIJU. (*Asustado, y ap.*) ¡Calla!..

AGLAE. Los latigazos que te he dado.

MAX. ¡Ah! ¿Conque en lugar de ser el que das, eres el que recibes?

BIJU. ¡Oh! ¡Estoy deshonrado!.. (*Aplomado.*)

MAX. ¡Deshonrado!.. (*Con lástima.*) ¡Pobre generacion y desdichada sociedad, que hace del vicio un traje de buen tono, bajo el cual se esconde avergonzado el sentimiento de la virtud!

FIN DEL DRAMA.

Esta comedia ha sido examinada por la censura, que no ve inconveniente en que se permita su representacion.
Madrid, 2 *de diciembre de* 1857.

FERNANDO COS-GAYON.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

ar á Madrid.
bra á tu victima!

ual ama á su modo
u y Pipelet, ó las desgracias
a portero.

es, sustos y enredos.
tucas y dos pares de anteojos.
inero á Ministro.
yo pata de anafe.
aridos! qué ventura.

l de cachemira.
r de las desdichas, ó D. Her-
enes.
oe de Bailen, *Loa y Corona*
ica.
licio de Tántalo.
le Febrero.
lete.
or por la ventana.
tino.
tre del hijo de mi mujer.
ro ó yo.
anjuez y en Madrid.
aine y el Montero.
or amigo, un duro.
go del Ministro.
rlatanismo.
dote está el Busilis.
loco.
de hacerse amar.

por liebre.
ática parda.

I.

rencia de un poeta.
tima noche de Camoens (*tra-*
c).

La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estio.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.

No es la Reina!!!

Paulina.

Simpatia y antipatia.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.

En dos actos.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris. *Segunda parte.*
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreur.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.

Cocinero y Capitan
Cárlos VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, Ministro y Lacayo.
Corona y Tumba, ó el reinado de Sigerico.

Duda en el alma ó el Embozado de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.
El Gran Duque.
El pacto de sangre.
El velo de encage.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El Conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El Caballero de Harmental.
El Cardenal es el Rey.
El Castellano de Tamarit.
El Castillo del Diablo.
El conde de Monte-Cristo. *Primera parte.*
El conde de Monte-Cristo, *Segunda parte.*
El conde de Hernan.
El correo de Lion, ó el asalto de la silla de Posta.
El escudo de Barcelona.
El hio del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una madre.
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castillo negro.
El genio contra el poder ó el Bachiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El Judio errante.
En el crímen vá el castigo, ó la Condesa de Portugal.
En 1830.

Eugenia.
Eulalia.
El egoista.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judit.
Juicios de Dios.
Julieta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.

La corte del Rey poeta.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de uu acaso
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Iprest ó Genoveva de Brabante.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Vilfredo el Velloso.*
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo, (magia).

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esm
Nadie diga de esta agua no b
Oráculos de Talia, ó los due Palacio.

Quebrantos de amor.

Tambien en amor se aciert es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por valladolid.
Alumbra á este caballero. *(La música.)*

Cuarzo, pirita y alcohol.

Diez minutos de reinado.
El amor y el almuerzo.
El Grumete. *(La música.)*
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. *(La música.)*
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. (*La música.*)
Los dos ciegos.
La Zarzuela.

La flor de la Serarnia.
La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

En dos actos.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La córte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.

Cárlos Broschi.
Catalina.

El sueño de una noche de v
El Dominó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lanc luntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La mú*
La Caceria Real. *(La música.)*
La Pasion (drama sacro-lirico
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor. *(La música*

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto princip